

# La Ilustración Artística

AÑO XXIX

← BARCELONA 30 DE MAYO DE 1910 →

NÚM. 1.483

## LONDRES.—ENTIERRO DEL REY EDUARDO VII

La ceremonia que el pueblo de Londres presenció el día 20 de los corrientes, ha sido de una magnificencia y de una solemnidad pocas veces vistas. Prescindiendo de la aparatosa grandiosidad que á actos como aquél sabe imprimir la corte inglesa, una de las cosas que más el rey de Bélgica, el príncipe heredero de Turquía y el archiduque heredero de Austria. Todos aquellos monarcas, en su mayor parte, habrían podido cumplir enviando sus representantes; pero todos han querido rendir con su personal presencia un tributo á un gran rey,



El rey Jorge V, á su derecha el emperador Guillermo II y á su izquierda el duque de Connaught, en el entierro de Eduardo VII

(Dé fotografía de London New Agency Photo.)

realce dieron al entierro de Eduardo VII fué la asistencia al mismo de un número de soberanos extranjeros que nunca se había reunido para una ceremonia de aquella índole.

En el fúnebre cortejo, al lado del nuevo rey Jorge V, iban el emperador Guillermo II de Alemania y el duque de Connaught, que son los personajes que figuran en el adjunto grabado; y detrás de aquel grupo, montados también á caballo, marchaban, en una línea los reyes de España, de Noruega y de Grecia, en otra los de Bulgaria, Dinamarca y Portugal, y en otra

que puede servir de ejemplo de gobernantes de una nación, y también á un gran pueblo que ha dado al mundo los principios sobre los cuales descansan casi todos los gobiernos, á un pueblo que ha sabido combinar, en proporción armónica, la disciplina y la libertad, las exigencias del presente y el culto al pasado, las aspiraciones democráticas y el poder bienhechor de unos escogidos, el amor á la riqueza y el amor á las ciencias y á las artes, á un pueblo, en suma, que por muchos títulos ha merecido bien de la humanidad.

# SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Valencia. Fiestas de la exposición.* — *El meeting de aviación en Lyón.* — *Barcelona. Bendición de dos banderas de la Comisión de la Cruz Roja Española en Gracia.* — *El teniente D. Juan Escudero.* — *Minnie* (novela ilustrada; continuación). — *Experimentos de psicología animal.* — *Sarriá. Festival de educación física en el internado de las Escuelas Pías.* — *Roma. Inauguración de la exposición de la Academia de Francia en la Villa Médicis.*

**Grabados.**—*El rey Jorge V, el emperador Guillermo II y el duque de Connaught en el entierro de Eduardo VII.* — *Armón de artillería que conduce los restos de Eduardo VII.* — *Grupo de reyes y príncipes acompañando al rey Jorge V.* — *Londres. Entierro de Eduardo VII. Carro en el que iban la reina Alejandra y su hermana la emperatriz madre de Rusia.* — *El fúnebre cortejo en el palacio de Windsor.* — *Verona. Frescos pintados por Miotolo para la Bolsa del Comercio.* — *Valencia. Festival de la exposición* (cuatro fotografías). — *Batalla de flores* (lámina). — *Londres. Exposición del cadáver de Eduardo VII en Westminster Hall*, dibujo del natural, por S. Begg. — *Lyón. El aviador Legagneux y su esposa al emprender el vuelo para disputar el premio de los pasajeros.* — *El aviador Hauvette-Michelin.* — *Barcelona. Bendición de dos banderas de la Cruz Roja Española, de Gracia.* — *El teniente de Seguridad D. Juan Escudero.* — *Experimentos de psicología animal* (tres fotografías). — *Sarriá. Festival de educación física en el internado de las Escuelas Pías* (cinco vistas). — *Roma. Llegada de los soberanos de Italia a Villa Médicis para inaugurar la exposición.* — *Uno de los cuadros de la exposición de la Academia de Francia en Villa Médicis.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Algo del movimiento bibliográfico cabe decir, sin meterse en honduras de juzgar á los autores, cosa siempre arriesgada, y, dentro de nuestras costumbres literarias, casi peligro mortal.

Muy á menudo me sucede recibir libros, de Europa ó de América, con cartas en que se me ruegan diversas cosas. La primera, que los lea. Eso lo hago siempre, si no en el mismo instante de recibirlos, más tarde ó más temprano, cuando me lo permite el tiempo de que dispongo. Lo segundo, que «emita juicio» acerca del libro en una carta al autor. Esto ya es más difícil. Hay muchos libros acerca de los cuales no ocurre decir gran cosa. Para expresarse con sinceridad completa: hay muchos libros acerca de los cuales no ocurre absolutamente nada. Son libros muy semejantes á otros, porque la originalidad y la novedad nadie dirá con fundamento que pertenezcan al número de las cualidades comunes, sino de las más raras y preciosas. Si todos fuésemos siempre nuevos y originales, ¿para qué queríamos más!

Y de un libro que no encierra particularidad que notarse merezca, ¿qué se opina? El elogio sería muy forzado; la censura, sobrado cruel... ¿No es cien veces preferible el silencio?

Dormir es una opinión, como diz que dijo el espectador que roncaba en el teatro...

El tercer ruego aún lo considero doblemente peliagudo... Consiste en que publiquemos en la prensa nuestra sentencia crítica sobre la obra que someten á nuestro dictamen, y hay autores más francos que no se limitan á esto, sino que piden con claridad digna de *Chantecler*, «unas cuantas frases elogiosas.»

A primera vista, se creería que eso de elogiar no es difícil, ni puede acarrear malas consecuencias. Con abrir el cajón de los adjetivos manoseados, escoger los que tengan menos abolladuras y polvo y aplicarlos, pegue ó no pegue, ya está. El autor elogiado se queda tan orondo. El público, lo mismo que antes...

Pero, ¡alto ahí! El autor, generalmente, se queda quejoso y molestado, y maldiciendo del encomiasta. Es que esperaba mucho más. Esperaba otra cosa. Esperaba la apoteosis. Le han dado una alabanza fría, igual á las que constantemente vienen aplicándose. Eso no era lo tratado. Y, en vez de un agrado cido, tenéis un enemigo solapado y saúdo.

Tal fué la historia de mi *Nuevo teatro crítico*, publicación que sostuve tres años y en la cual seguí activamente el movimiento de la bibliografía española y extranjera, pero limitándome á dar cuenta de aquellos libros que á mi juicio revestían alguna significación, ó por su mérito ó por la nombradía de sus autores. Al expresar, siempre con cortesía, mi impresión personal, no sabré decir la suma de amor propio en carne viva, de vanidades exasperadas, de hipotroficadas soberbias con que tropecé. El cuadro era

triste y descorazonador. Me prometí ahorrármelo, renunciando para toda la vida á esa crítica de actualidad que tan útil pudiera ser, pero en la cual el crítico necesita público que le sostenga. Y aquí no hay sino grupitos de escritores que se leen los unos á los otros, pero el verdadero público, el de la crítica, no tengo noticia de él.

Así me excuso con los infinitos autores que tienen la, por otra parte, bondadosa atención de acordarse de mí. No hablemos de la temible especie de los solicitantes de prólogos. ¿Cómo librarse de ellos? Con la verdad, droga no siempre salutar. La verdad, y si no la comprenden, no será nuestra la culpa. No se escribe un prólogo sino en dos casos. Cuando media verdadera amistad y afecto, ó cuando aparece señal de un autor novel que reúne notables condiciones y anuncia que despuntará. Los prólogos, como otras varias cosas, pierden mérito si se prodigan. Los prólogos llevan su tiempo. Los prólogos crean un lazo entre el prologuista y el prologado, establecen solidaridad, y, por consecuencia, compromiso. Escribir un prólogo no es moco de pavo, y pedirlo es pedir algo que tiene gran significación. Sin embargo, casi semanalmente, gente que no conocemos sino para servir-la, nos demanda un prólogo.

El escritor que atienda á todas las peticiones que el correo le trae ya puede renunciar á hacer otra cosa en su vida. ¿Qué diré de las Revistas nacientes que piden colaboración gratuita, pero inédita; y á veces, hasta señalan el tema que hemos de desarrollar? ¿A quién, sino á los escritores, se les va con tales pretensiones, que no vacilo en calificar de gollerías? ¿No hay algo de desconsideración en el hecho? ¿Tan poco valemos, que hemos de trabajar como el sastre del Campillo? Por desgracia, una reputación literaria no es, al menos aquí, un motivo de que se respete algo el tiempo y el valer de quien la ha conseguido. En cierta ocasión llegó á mi antesala una mujer pedigüeña, que aspiraba á que yo, sin conocerla ni de vista, diese una colocación á su marido. Como el criado que la recibió le dijese que ni yo podía dar destinos, ni, caso de poder, los daría al primero que llegase, la mujer exclamó, con indescriptible expresión de desprecio: «¿Es escritora y hablan tanto de ella y no da destinos? ¡Pues valiente escritora será!»

No hizo la mujer, cuyas auténticas frases transcribo, sino descubrir el corazón. Su boca fué sincera. Para una muchedumbre incontable, ¿de qué sirve un nombre, si de él no puede sacar utilidad el que pase?

Desconocidos, desde puntos que casi no están en el mapa, me toman por agente de sus negocios, y me piden, con la mejor fe, que active esto, que arregle aquello, ó les saque adelante en lo de más allá. Mis tasadas horas de descanso, son suyas, en virtud de un derecho: han oído resonar mi nombre. No ha faltado quien me diga que, no sirviéndole de nada los diputados, en lo sucesivo acudiría á mí. ¿Qué recurso queda? Matarles..., ó reirse. Opto por lo segundo, y, con menos melancolía que el *Aiglon*, al recibir el correo, murmuro cien veces: «je déchire...»

\*\*\*

Con la digresión, que ha salido extensa, he rezagado lo del movimiento bibliográfico que deseaba reseñar. Y caigo en la cuenta de que no es ahora ocasión de hacerlo, porque las nacientes empresas que se prometen editar los clásicos españoles muertos y vivos—yo sostengo que hay clásicos vivos, la cuestión es saber discernirlos bien,—no han desarrollado aún sus planes: no hacen sino empezar. Aguardaremos á que tome algún vuelo la brillante iniciativa, para señalarla á la atención de los lectores de estas Crónicas.

Lo único que se puede adelantar, es que en España se publican hoy muchos y buenos libros. Digo buenos en el sentido genérico de que son libros importantes á la cultura. No es únicamente el libro ameno y bello el que nutre á las generaciones. El libro útil, el libro que enseña, en el cual hay elementos científicos, también es muy necesario. Y, cuando se publica, habrá que deducir que se lee.

No es posible que la aproximación á los países americanos donde se habla el español, deje de producir en la librería efectos bienhechores. Cada vez nos hacemos más íntimos con la gente de nuestra raza que puebla esas tierras por nosotros conquistadas y descubiertas, y alimentamos la esperanza de que los libros estrechen la unión.

\*\*\*

Las tentativas de aviación han fracasado en Madrid, excepto las pruebas del dirigible «España» que ha volado gallardamente. Santos Dumont pasó por Madrid finchado y arrogante, anunciando primero su

ensayo, y luego negándose á realizarlo. El mentidero susurró muchas cosas respecto á las causas de la negativa del brasileño á cumplir su compromiso con el pueblo de Madrid;—con el pueblo, es un modo de decir, pues realmente Santos Dumont proyectaba un volido aristocrático, chic, ante un público muy smart. —Ello es que no voló, y la opinión se puso resuelta al lado del duque de Arión, presidente del Club que patrocinaba el vuelo.

Kindelán hizo su recorrido y sus evoluciones, inesperadamente, con gentil desembarazo, con gran seguridad y brío. Los extranjeros que intentaron pruebas con aeroplanos, hay que confesar que no se lucieron demasiado. Diríase que el aparato no está acabado de inventar.

Y se diría la verdad. Todas aquellas fantasías de los convoyes de aeroplanos, de viajar por el aire como se viaja por el agua, tardarán mucho en tomar cuerpo—si es que alguna vez lo toman.

No creo que expresar este recelo pueda calificarse de pesimismo. Hay mil cosas á que la humanidad aspira y que probablemente no conseguirá nunca. Eso no resta mérito ni á la aspiración, ni á los que por ella combaten. Es noble, y más noble por el mismo peligro que entraña, el anhelo de los Icaros; pero sospecho que nunca el globo será medio normal de comunicación. Si lo fuese, como lo es el barco, ya estaría empleándose desde la más alta antigüedad, por todos los pueblos del globo. La navegación es un invento gigantesco, y antiquísimo. La canoa del indio resuelve el problema lo mismo que el buque más moderno.

\*\*\*

Han pasado por las calles de Madrid bandadas de palomas; las niñas que hicieron su primera comunión.

Antaño, se celebraba esta solemnidad cuando las criaturas cumplían los ocho: el clásico «uso de razón.» Ahora, se supone que la razón no viene tan temprano, ó si viene no está bastante madura para tan grave iniciación del espíritu en el más hondo de los misterios religiosos. Generalmente se espera á que las niñas cumplan los diez y á veces los doce. Así es que son mujercitas en capullo las que cruzan nimbadas por el blanco tul, con el pelo cuidadosamente rizado en bucles, los pies cautivos en zapatitos de elegante forma, la mano enguantada sosteniendo el devocionario de nácar ó marfil, y el aire querubinesco, de retablo. Lo curioso es que no faltan papás y mamás que, terminada la ceremonia, recibido por sus hijas, por vez primera, el inefable Sacramento, las llevan, como si fuese la cosa más natural, á pasar la tarde en el cinematógrafo...

No es que un cinematógrafo sea una cosa mala en sí. No obstante, para tal ocasión, no parece lo más indicado. Los cinematógrafos tienen á veces películas muy poco en armonía con los blancos pensamientos que deben ocupar—al menos en tan solemne día—la mente de las neófitas.

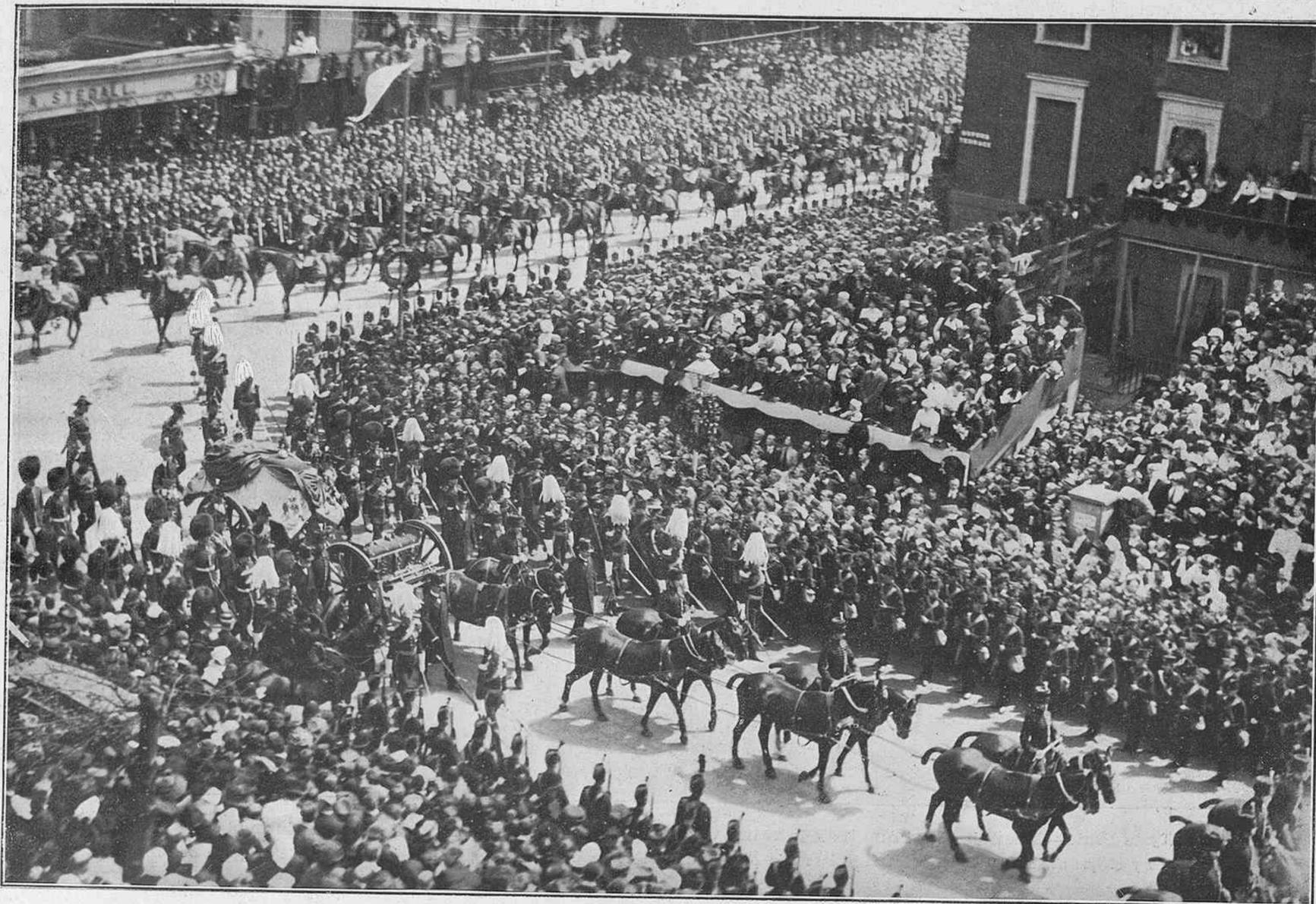
Ahora es frecuente que la caridad se ejerza en vestir á las niñas pobres que han de hacer la primera comunión. A las niñas, y también á los niños. Por lo común, no se les viste de blanco, sino de azul ó de otro color que pueda ser práctico para que sigan usando el traje después. El blanco, en los comulgantes como en las novias, constituye un lujo, una nota de poesía que tal vez no está permitida á los desheredados de la fortuna.

Es cierto que en Francia las novias, aunque pertenezcan á muy humildes capas sociales, visten de blanco con frecuencia; pero aquí no se ha implantado tal costumbre. Hay algo de simbólico en el traje negro de las casadas sin recursos y sentenciadas á trabajo recio, por toda su vida. Hay algo no menos significativo en las obscuras ropas con que la caridad viste á la infancia menesterosa, acogida en Asilos ó amparada en hogares donde no abunda siempre el pan.

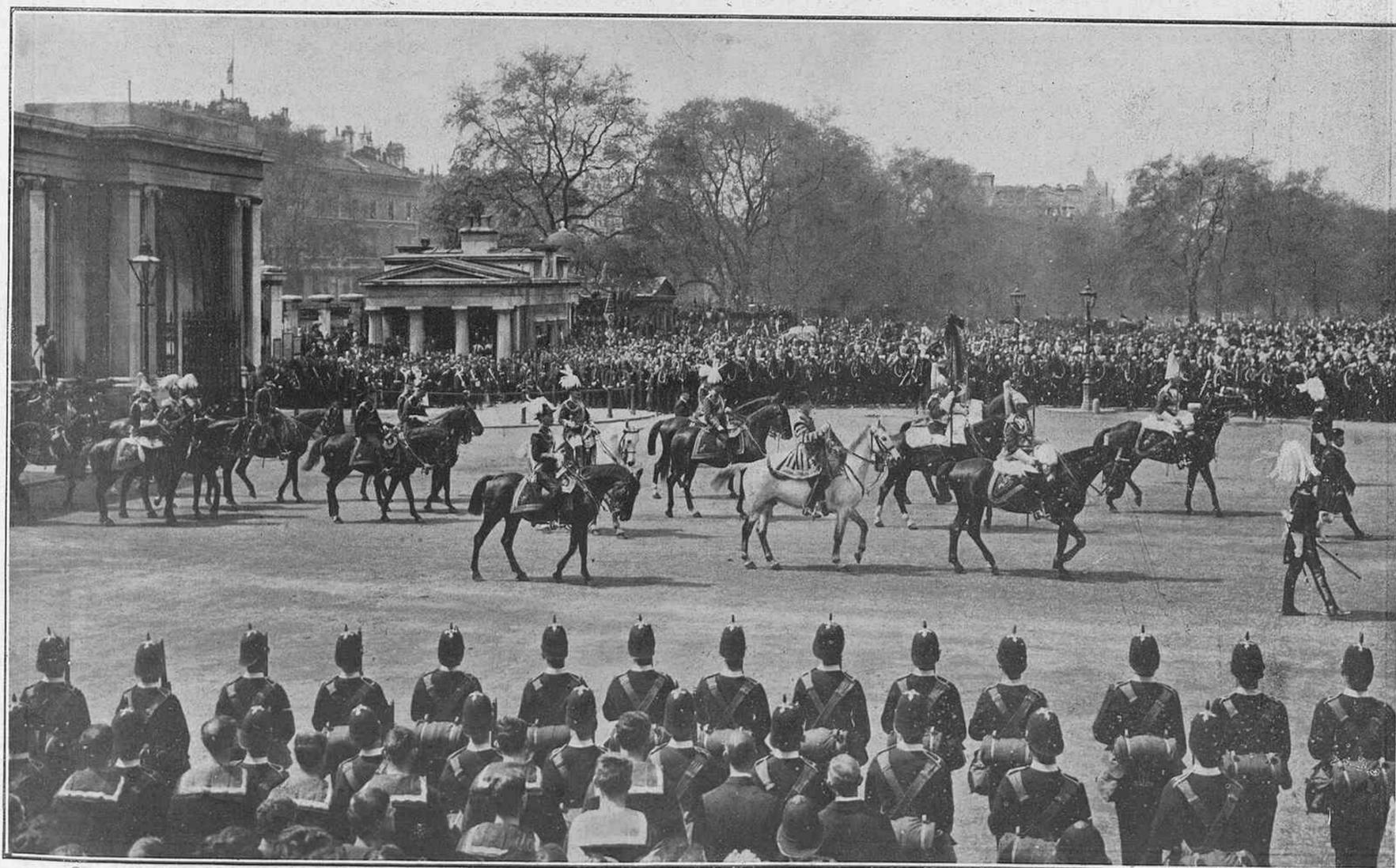
Obscuras y todo, esas ropitas nuevas, estrenadas en señalado día, son un goce y hasta una vanidad para los niños sin fortuna y sin emociones, los niños de quienes nadie ríe las gracias. Van á estrenar, no sólo la vestimenta, sino el calzado, el libro de misa, el velo ó siquiera el gorrito blanco; van á ser, por espacio de algunas horas, festejados, atendidos; van á escuchar, en la iglesia, música dulce; van á recoger sonrisas, palabras de afabilidad; y, de toda la fiesta sacra, van á deducir que tienen un alma igual á la de las otras niñas pudientes y mimadas, las del hábito blanco; y que á esa alma se acerca Dios con el mismo amor que pudiera acercarse á la hija del rey... Y en ello hay consuelo y esperanza, inocente orgullo y algo que dignifica,—sobré todo, á quien sea capaz de comprenderlo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LONDRES.—ENTIERRO DEL REY EDUARDO VII

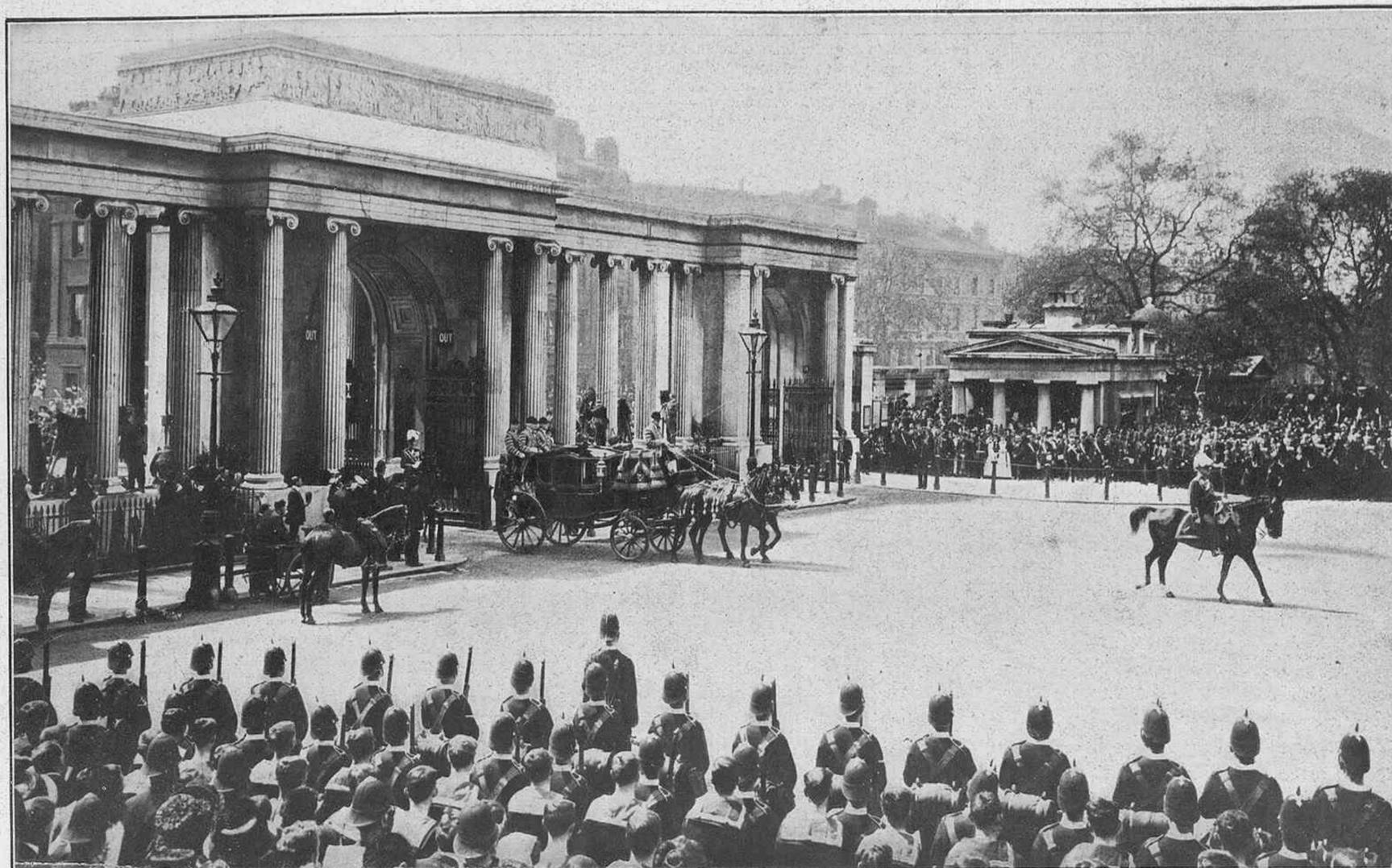


Armón de artillería que conduce los restos de Eduardo VII; va arrastrado por ocho magníficos caballos bayos, y detrás de él siguen el perro «César,» favorito del rey difunto, y el caballo de batalla de éste. (De fotografía de London News Agency.)

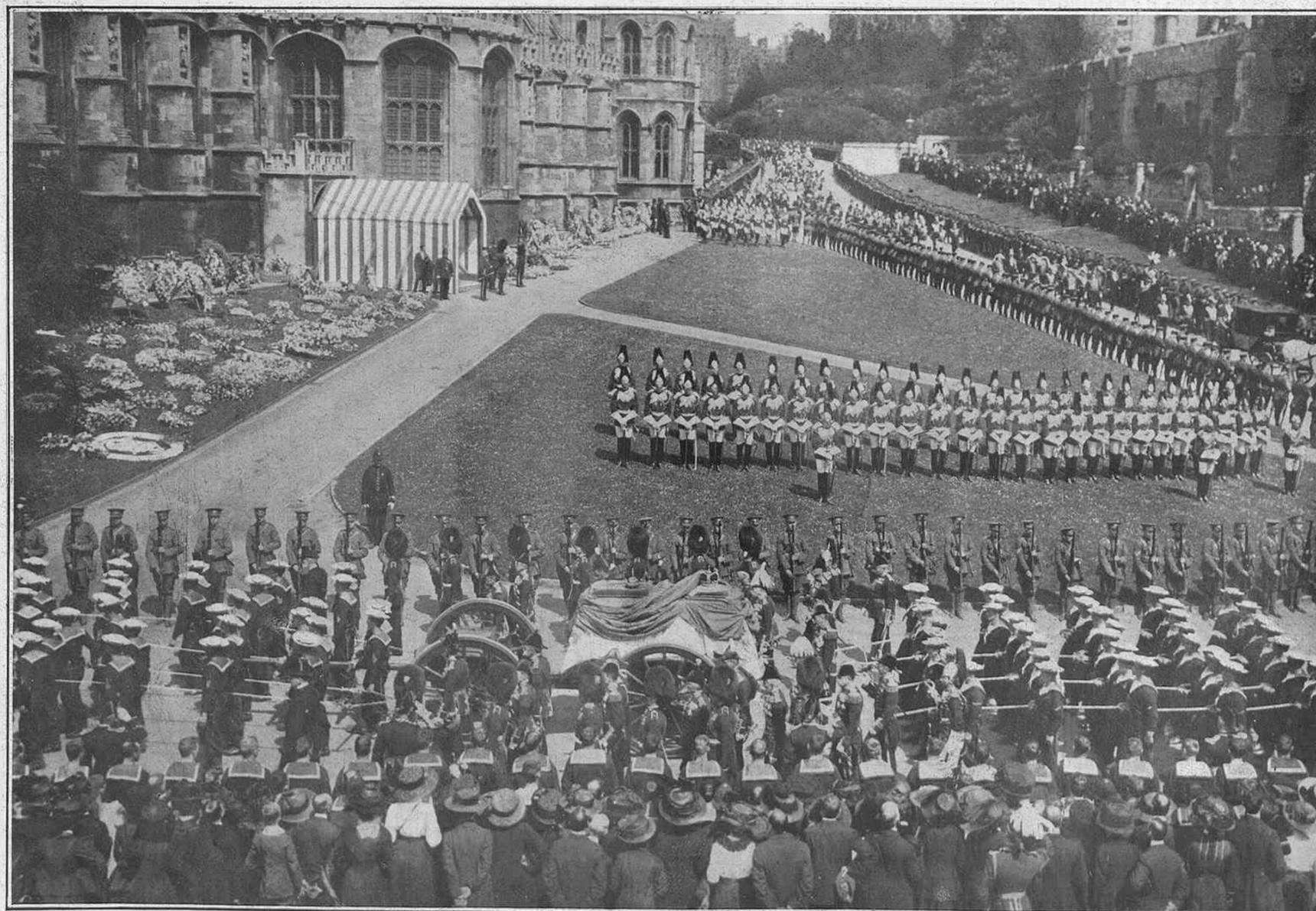


Grupo de reyes y príncipes que precedidos del estandarte real van detrás del féretro, acompañando al rey Jorge V  
(De fotografía de Carlos Trampus.)

## LONDRES.—ENTIERRO DEL REY EDUARDO VII



En Hyde Park.—Carruaje en el que iban la reina viuda Alejandra y su hermana la emperatriz-madre de Rusia. Este carruaje y el que conducía á la reina María y á su hijo primogénito, el duque de Cornualles, seguían inmediatamente al grupo de los soberanos (De fotografía de Carlos Trampus.)



El fúnebre cortejo en el palacio de Windsor. El armón que conduce los restos de Eduardo VII era arrastrado por sesenta marineros; otros tantos iban detrás para retenerlo en las bajadas. El cadáver de Eduardo VII fué recibido, á la puerta de la capilla, por el arzobispo de Cantorbery y por los obispos de York y de Winchéster. Después de rezado un oficio de difuntos, el rey Jorge V puso sobre el ataúd la bandera real, después de lo cual el féretro descendió automáticamente hasta desaparecer en la cripta. (De fotografía de London News Agency.)

VERONA.—FRESCOS RECIENTEMENTE PINTADOS POR MIOLATO PARA LA BOLSA DE COMERCIO

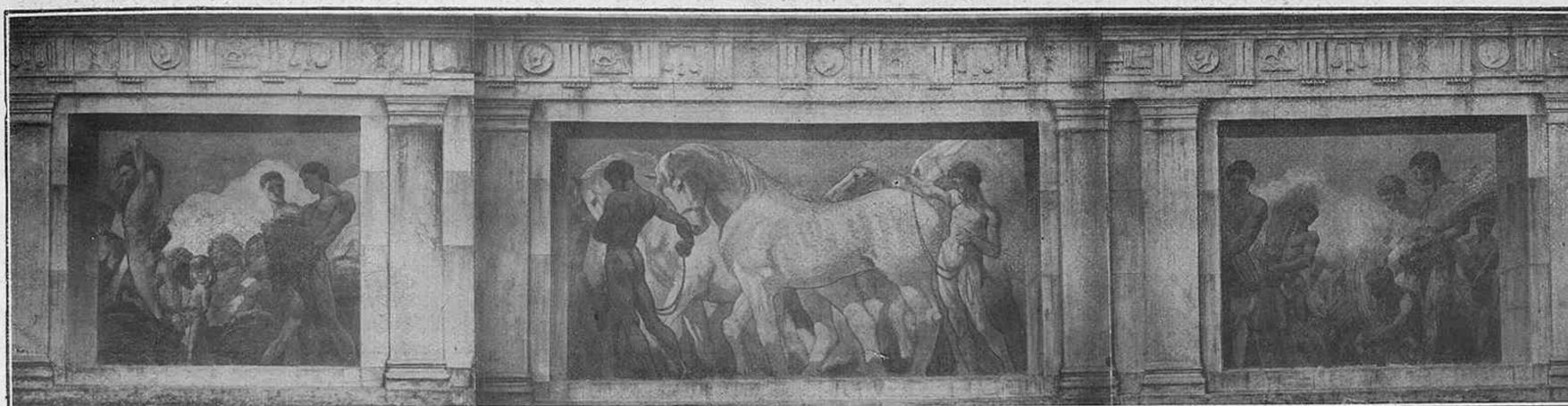
(De fotografías remitidas por Augusto Romieux.)



La pesca

Escudos de la ciudad y de la provincia de Verona

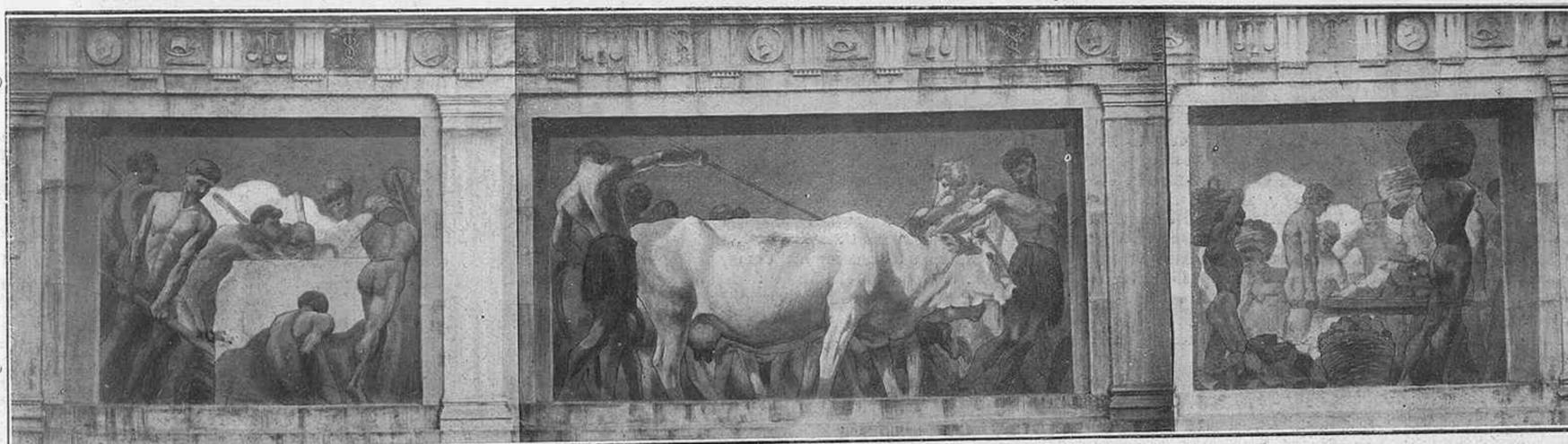
La toba



Las uvas

Los caballos

El trigo



El mármol

Manada de bueyes

La tierra amarilla de Verona



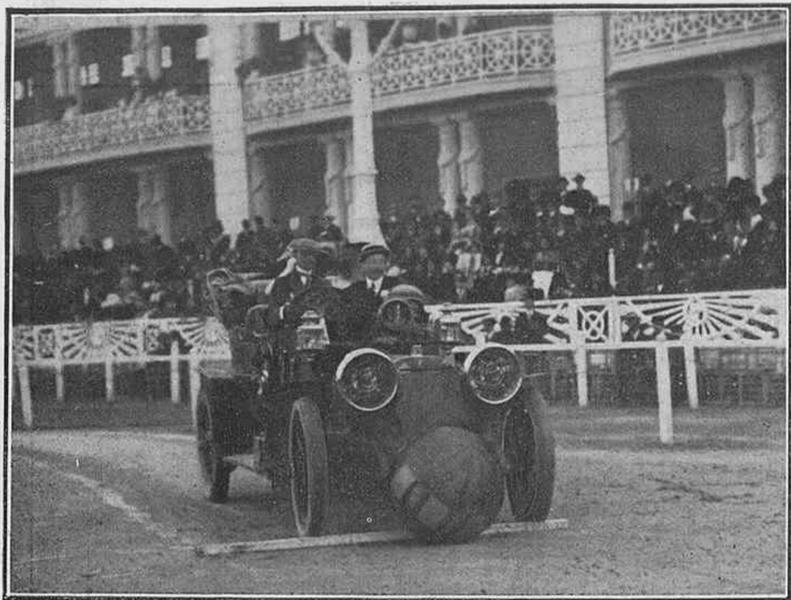
Los frutos

El tráfico mercantil

Las espigas

Con ocasión de las fiestas primaverales que en este mes celebra la ciudad de Verona, se han efectuado dos solemnidades artísticas: la inauguración de un monumento á Shakespeare y el descubrimiento de los frescos con que han sido decoradas las paredes del salón principal del antiguo palacio de la «Gran Guardia,» hoy ocupado en parte por la Bolsa de Comercio. Estas pinturas, debidas al pincel del artista veronés Miolato, representan los distintos elementos que constituyen las riquezas naturales de la ciudad de Verona y de su provincia.

El pintor, sin apartarse de los cánones de la pintura esencialmente decorativa, ha sabido hacer de cada tablero un cuadro con vida propia y armonizarlos todos ellos en un conjunto al que preside una idea fundamental: el desenvolvimiento de la actividad humana en sus distintas manifestaciones, la explotación por el hombre de los productos de una región. Avaloran las bellezas de concepto de esta obra la corrección del dibujo y la admirable entonación del color.



Valencia. Gymkana automovilista. El obstáculo del juego del bolo

VALENCIA.-FIESTAS DE LA EXPOSICIÓN

En la gran pista de la Exposición celebróse el día 17 uno de los más interesantes festejos de la Semana Automovilista. Comenzó por el Concurso de desfile de automóviles equipados para turismo y paseo ó población, habiendo tomado parte en él 26 coches pertenecientes á los señores Barranca, Garcés de Marcilla, Sanchis Salvador, Núñez Robres, Carriles, Nogués (S.) Novella, Martínez, Amezttoy, Cantó, Romero, Laporta, Moróder, Nogués (F.), Pozuelo, Cuber, Andrés, Artanti, Galindo, Santonja, Trénor, Albacar, Cervera, Sanchis Tarazona, Michelin y Mazarredo.

A continuación efectuóse la carrera de obstáculos, en la que corrieron todos los automóviles antes mencionados excepto los de los señores Pozuelo, Garcés de Marcilla, Cuber, Andrés, Artanti Trénor, Sanchis Tarazona y Mazarredo. Todos los coches realizaron un brillante recorrido y salvaron los obstáculos con habilidad, sobresaliendo los de los señores Amezttoy y Cantó. Después hubo un match entre dos chauffeurs, el del Sr. Moróder y el del Sr. Santonja, terminando la fiesta con un magnífico carroussel de todos los coches.

Fueron premiados: en el concurso de coches de lujo, el de D. Manuel Galindo; en el de turismo, el de D. Vicente Novella; y en la carrera de obstáculos, los de los señores Amezttoy, Barranca, Valiente, Laporta y Novella, por el mismo orden en que los citamos.

El día 18 tuvo lugar la carrera del kilómetro lancé, en el camino del Grao, habiendo ganado los premios, consistentes en objetos de arte de un valor de 500 pesetas cada uno, los señores Nogués, Núñez Robres, Romero, Gómez, Arcaute, Moróder, Abadal, Laporta y conde de la Maza. Además, al señor Moróder se le concedió la Copa Valencia del Comité de la Exposición, y al conde de la Maza la del Real Automóvil Club de España. Algunos coches corrieron con velocidades vertiginosas; en la lucha entre el conde de la Maza y D. Salvador Andreu, aquél hizo el recorrido en 32 segundos tres quintos y

organizadora de la Semana Automovilista, dispuso el Ayuntamiento de Valencia, para el día 19, una jira á la Albufera. A primera hora de la mañana, salieron de la capital los expedicionarios, en número de unos 400, en automóviles, coches, galeras y tartanas; en el sitio denominado Pont de Peransa, había 22 barcas, algunas en

lencia, presenciando en el Pont de Peransa el disparo de una traca de 1.000 metros.

El día 22 celebróse en la gran pista de la Exposición la Batalla de Flores. La fama que en esta clase de fiestas se ha conquistado Valencia hace innecesarios los elogios á la efectuada últimamente; sólo diremos que superó en esplendor y buen gusto á cuanto pudieron esperar los más optimistas. Tomaron parte en ella 28 automóviles, á cual más artística y ricamente adornado y cuyo desfile fué un espectáculo realmente deslumbrante.



Salto salvando el principal obstáculo. (De fotografías de V. Barberá Masip.)

forma de góndola y todas artísticamente adornadas por los señores Sanchis Arcís y Palau, en las que se embarcaron muchos excursionistas, dirigiéndose por el canal al Saler, mientras los demás seguían su camino por la carretera. A las diez y media hallábase todos reunidos en la explanada de la Dehesa, que ofrecía el aspecto más animado y pintoresco. Después de una deliciosa excursión por el lago, sirvióse un espléndido almuerzo bajo los pinos; al final, el alcalde brindó por los automovilistas, y los concurrentes prorrumpieron en grandiosos vivas al alcalde, á España, á San Sebastián y á Valencia. Durante el almuerzo, la banda municipal tocó escogidas composiciones, entre ellas el Himno á la Exposición y por la tarde numerosas

dor. Los premios se otorgaron por el orden siguiente: 1.º, Copa del Comité y 500 pesetas, al «Monoplano» del Sr. Amezttoy;



Valencia.—Jira á la Albufera organizada por el Ayuntamiento en obsequio á los automovilistas. El almuerzo en la Dehesa

éste en 39 y tres quintos, debiendo advertirse que el primero llevaba un automóvil de 120 caballos y el segundo de 90. En obsequio á los automovilistas forasteros y á la comisión

parejas bailaron danzas del país y afamados cantadores entonaron las típicas albaes. Terminada la bellísima fiesta, regresaron los invitados á Va-

rosas y claveles; el del Sr. Mazarredo, que representaba un artístico joyero; y el del Sr. Trénor, templete construído con flores en gran abundancia. - M.



Barcas de la Albufera convertidas en góndolas en las que cruzaron el lago las señoras que formaban parte de la expedición. (De fotografías de V. Barberá Masip.)

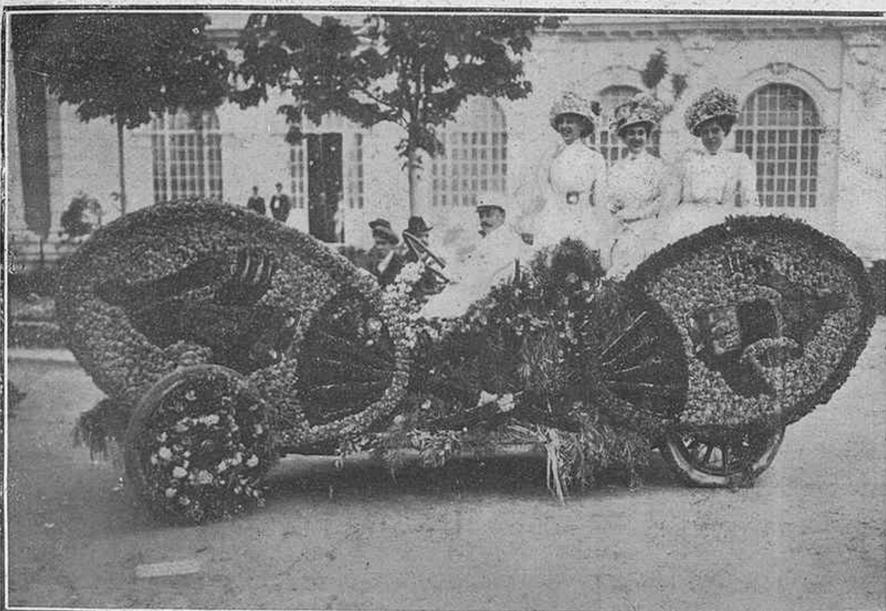
2.º, Copa del gobernador civil y 250 pesetas al «Capricio de amor» del Sr. Galindo; 3.º, jarrones de la Diputación Provincial á los «Abanicos japoneses» del Sr. Santonja; 4.º, copas de champaña de plata de la Sociedad de Agricultura, al «Cisne» del Sr. Cantó; 5.º, regalo del Círculo de Bellas Artes, al «Nido» del Sr. Sanchis Tarazona, y 6.º, regalo del alcalde, á «Gacelas y Sol» del señor Novella.

Entre los automóviles no premiados que más llamaron la atención merecen citarse especialmente: el del señor Nogués (F.), adornado con profusión de rosas y claveles; el del Sr. Arcaute en forma de cesta de claveles y rosas; el del Sr. Martínez, convertido en carroza romana llena de aquellas mismas flores; el del Sr. Irazusta, cesta de rosas y claveles; el del Sr. Mazarredo, que representaba un artístico joyero; y el del Sr. Trénor, templete construído con flores en gran abundancia. - M.

VALENCIA.—LA BATALLA DE FLORES



Monoplano, del Sr. Ameztoy, que obtuvo el primer premio. (De fotografía de M. Barberá Masip.)



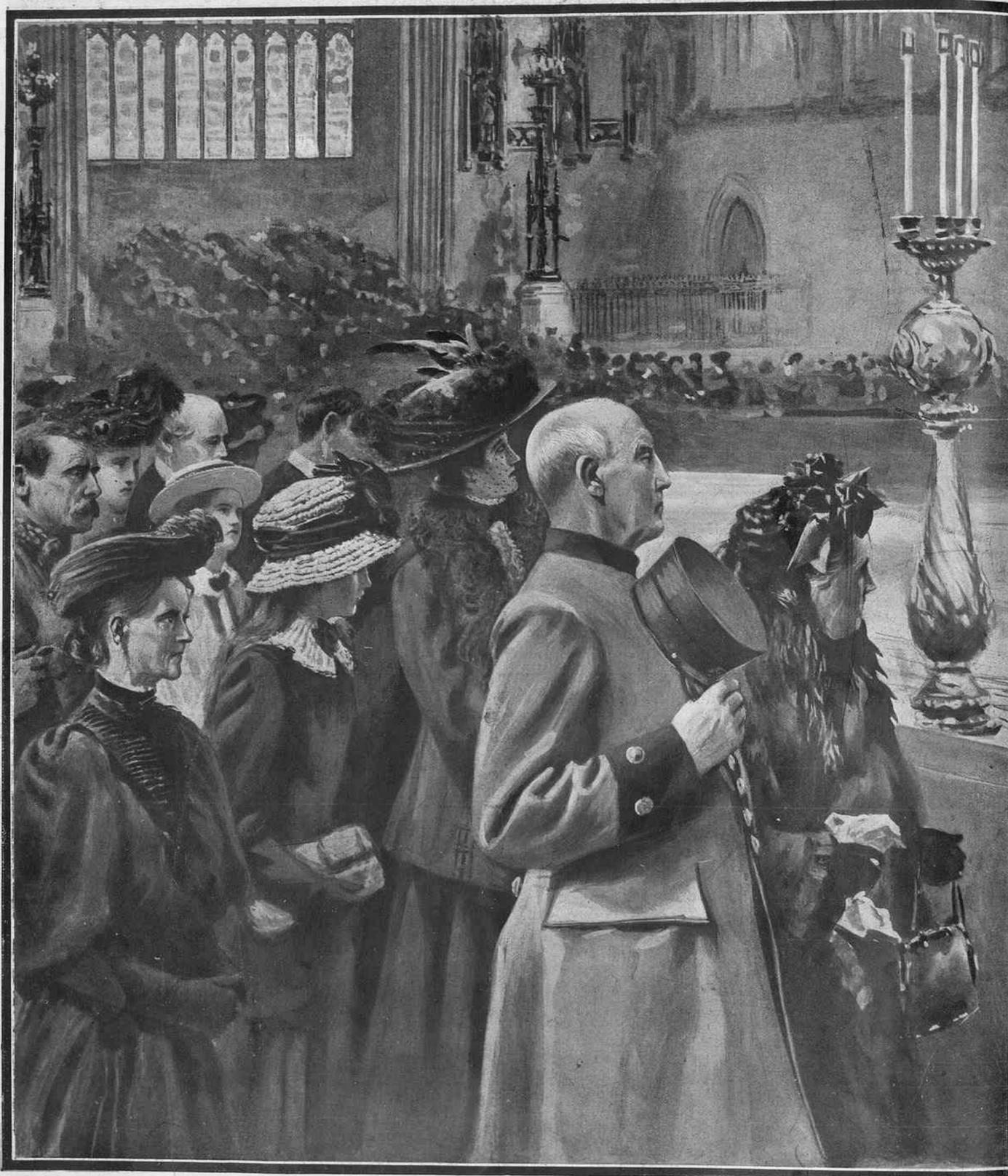
Abanicos japoneses, del Sr. Santonja, tercer premio. (De fotografía de F. Moya.)



Cisne, del Sr. Cantó, cuarto premio. (De fotografía de F. Moya.)

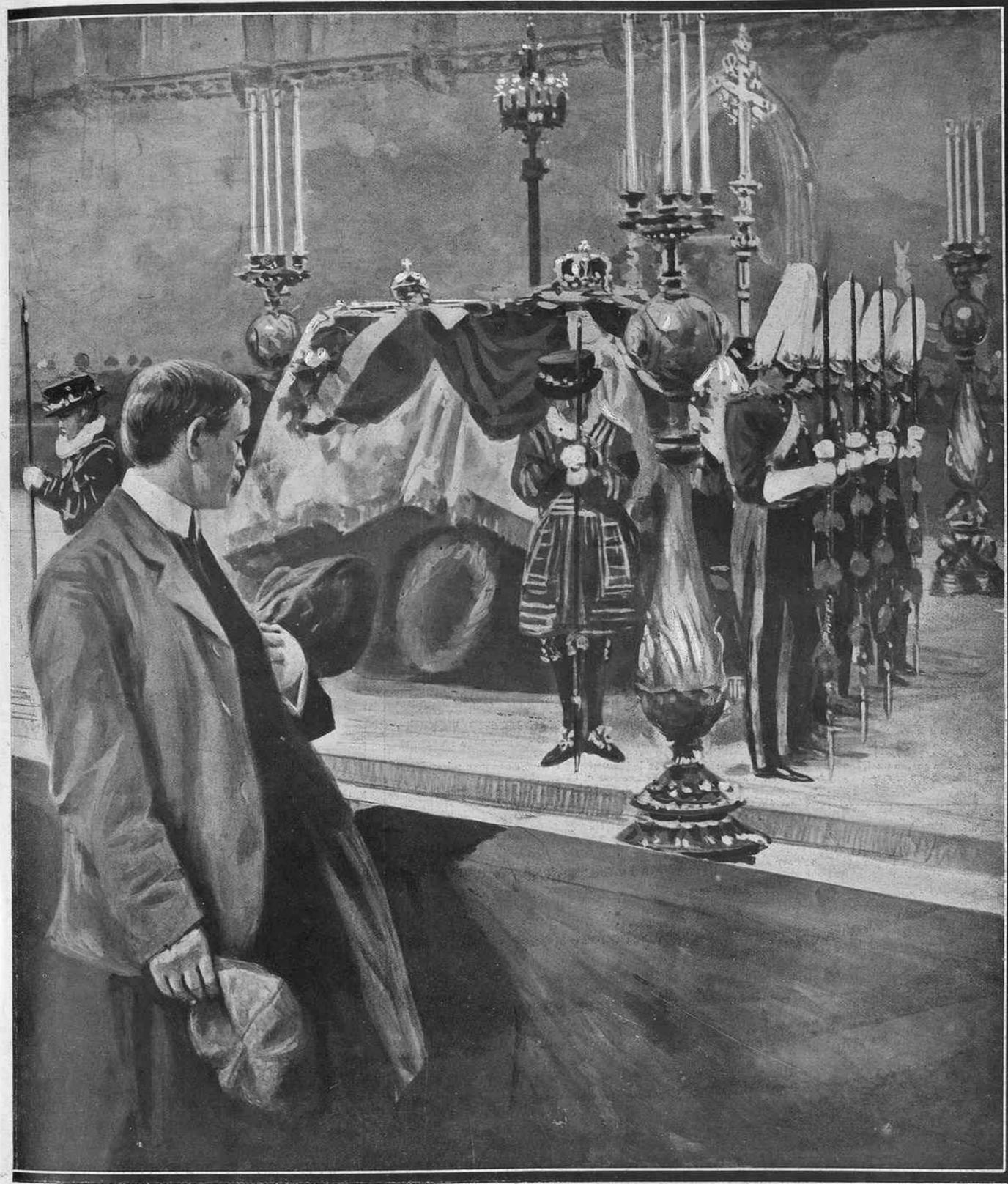


Capricho de amor, del Sr. Galindo, segundo premio. (De fotografía de M. Barberá Masip.)



LOS SÚBDITOS DEL REY EDUARDO VII DESFILANDO

El cadáver del rey Eduardo VII quedó expuesto el día 17 en Westminster Hall, y á las cuatro de la tarde, hora en que se abrieron al público las puertas de la capilla ardiente, había formada más de 700.000 personas. Aquella multitud inmensa esperaba, en medio del mayor orden, en la calle á que le llegase el turno de penetrar en la capilla



POR DELANTE DEL FÉRETRO DE SU DIFUNTO SOBERANO

una cola de más de cuatro kilómetros de extensión y de cuatro individuos de a uno, pudiendo asegurarse que, en los tres días que duró la exposición, desfilaron por delante del féretro ardiente y, una vez dentro de ésta, pasaba silenciosa y recogida junto al catafalco contemplando por última vez los restos mortales de su amado rey

## EL MEETING DE AVIACIÓN DE LYÓN

El concurso recientemente celebrado en Lyon ha revestido gran importancia, así por el número y la calidad de los aviadores que en él han tomado parte, como por la cuantía de los premios concedidos, que han ascendido á la respetable cantidad de 200 000 francos.

Decir las proezas de habilidad y valor que en el *meeting* se realizaron sería ocioso tratándose de concurrentes tan famosos como Paulhán, Latham, Van den Born, Legagneux y otros dignos competidores suyos; explicar las peripecias de cada una de las jornadas, equivaldría á repetir lo que hemos explicado en otras ocasiones al describir espectáculos análogos.

aire para efectuar un ensayo; pero, á consecuencia de una falsa maniobra, una de las alas del aparato dió contra un poste indicador, que se rompió y cayó encima del monoplano, lanzándolo al suelo. Acudieron en seguida Paulhán y otros á socorrer á su compañero; éste tenía el cráneo fracturado y poco después fallecía en un hospital de Lyon.

Hauvette-Michelin sólo contaba veintitrés años; á pesar de lo cual había dado muestras de destreza y serenidad en los *meetings* de Chalons, Iliópolis y otros.



Lyón.—La gran semana de la aviación. El aviador Legagneux y su esposa en el momento de emprender el vuelo para disputar el premio de los pasajeros (De fotografía de M. Rol.)

Nos limitaremos, pues, á exponer los resultados definitivos y á mencionar especialmente las dos notas del *meeting* á que se refiere el adjunto grabado y que fueron indudablemente las más interesantes.

Los premios han sido ganados por el orden siguiente:

*De la totalización del tiempo:* Van den Born, Legagneux, Chavez, Paulhán, Latham, Molón y Metrot. — *De la velocidad:* Paulhán, Van den Born, Chavez. — *De altura:* Paulhán, Chavez. — *De la mayor distancia:* Van den Born, Legagneux, Chavez. — *De la vuelta á la pista:* Latham, Van den Born. — *De los pasajeros:* Paulhán, Legagneux. — *Del lanzamiento:* Paulhán, Chavez. — *Del mayor peso transportado:* Paulhán.

He aquí ahora lo que, en total, han ganado estos aviadores: Van den Born, 60.999 francos; Paulhán, 60.833; Chavez,

Para disputarse el premio de los pasajeros elevaronse, uno de los días del concurso, Paulhán y Legagneux acompañados de sus respectivas esposas. Los dos tandems volaron admirablemente; á los 18 minutos descendía Legagneux y á los 24 Paulhán, siendo los dos ovacionados por la multitud, que había aplaudido con entusiasmo sus magníficas evoluciones aéreas.

## BARCELONA. — BENDICIÓN DE DOS BANDERAS DE LA COMISIÓN DE LA CRUZ ROJA ESPAÑOLA DE GRACIA

El día 22 de los corrientes efectuóse con gran solemnidad en la iglesia de San José de Gracia (Josepets) el acto de la bendi-



El aviador Hauvette-Michelin, muerto á consecuencia de una caída en el meeting de Lyon. (Fotografía de Tranger.)

Asistieron á la religiosa ceremonia, además de la citada comisión, cuyos individuos iban uniformados, representaciones de las demás comisiones, de todas las autoridades y comisiones de los cuerpos de la guarnición.



El teniente de Seguridad D. Juan Escudero Pérez, muerto durante los disturbios ocurridos en Valencia á la llegada del Sr. Soriano, el día 17 de los corrientes. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

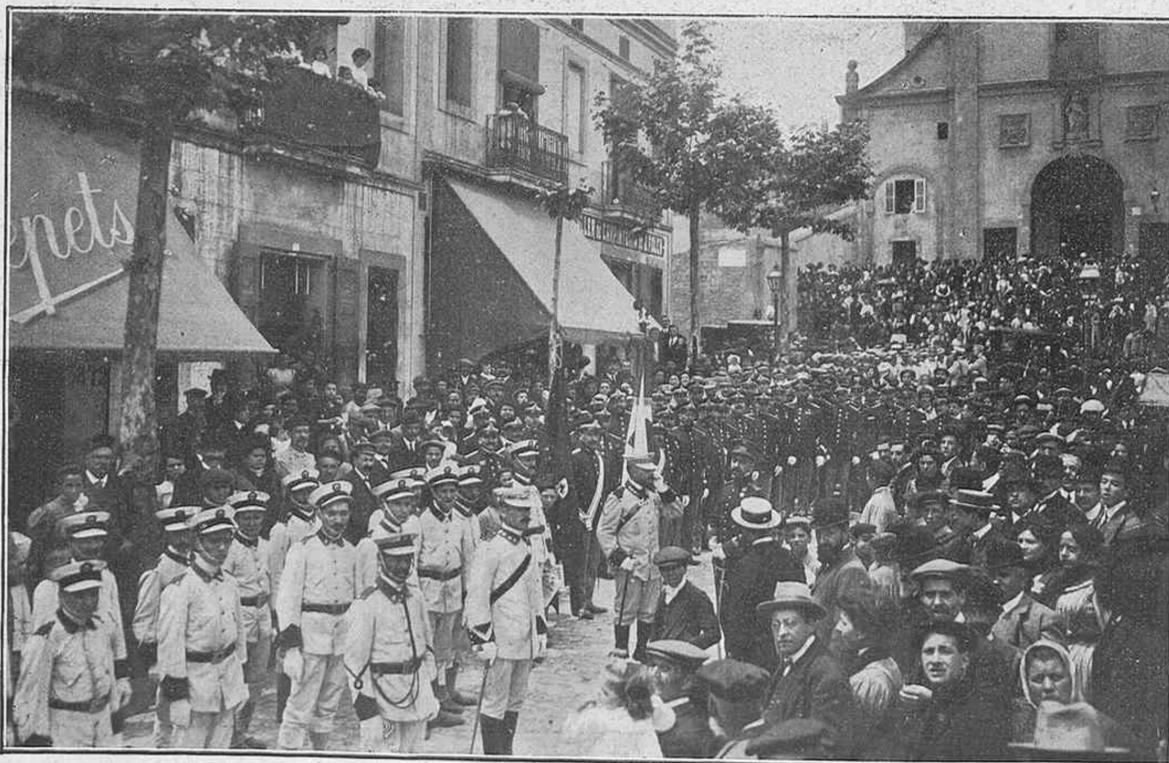
Previas las ceremonias de rúbrica, el prelado bendijo las banderas, cuyos padrinos fueron D. Mariano de Foronda y su distinguida esposa D.<sup>a</sup> Mercedes Gómez, mientras la banda de la Cruz Roja ejecutaba la Marcha Real, y, terminada la bendición, celebróse un oficio durante el cual se cantó una misa del maestro Perossi, y el capellán primero del ejército, párroco castrense de esta capital, D. Jaime Martorell, pronunció una sentida plática alusiva al acto.

Concluido el oficio, retiróse el Sr. Obispo, siendo acompañado hasta la puerta del templo por todos los que habían concurrido á tan simpática y solemne fiesta, y cariñosamente saludado á la salida de la iglesia por el numeroso gentío que llenaba la plaza de Lesseps.

## EL TENIENTE D. JUAN ESCUDERO

Con ocasión de la llegada á Valencia del diputado Sr. Soriano, el partido radical de aquella ciudad organizó una manifestación, durante la cual diéronse algunos vivas subversivos. En vista de ello la guardia civil y las fuerzas de Policía y de Seguridad dieron algunas cargas para disolver á los manifestantes y en el tumulto que con ello se produjo, fué alevosamente asesinado por la espalda el teniente de Seguridad Sr. Escudero.

Era éste un oficial distinguido y pundonoroso; había pertenecido á la Guardia Civil y sido secretario del Ayuntamiento de Puebla de Castro; estuvo en la última guerra de Cuba y entró en el cuerpo de Seguridad hace unos dos años.



Barcelona.—Bendición de las banderas nacional y de la institución de la primera comisión de partido de la Cruz Roja Española de Gracia. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

31.333; Legagneux, 22.499; Latham, 12.499; Molón, 5.000, y Metrot, 4.000.

El séptimo día del concurso, cuando habían terminado las pruebas oficiales, el aviador Hauvette-Michelin se elevó en el

ción por el ilustre prelado barcelonés, Dr. Laguarda, de las banderas nacional y de la institución pertenecientes á la primera comisión de partido de la Cruz Roja española de aquella importante barriada.

MINNIE (1), NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS LICHTENBERGER

ILUSTRACIONES DE SIMONT (CONTINUACIÓN)

Pero papá, exento de loca presunción, no piensa reivindicar para sí solo el mérito de haber formado á Minnie tal cual es. Para secundar su esfuerzo vigilante, ha tenido colaboradores. Entre los retratos de los magistrados con peluca y de los eclesiásticos con alzacuello, está allá arriba, en su gabinete de trabajo, el de su tío mayor Juan Pedro, hermano de su bisabuelo. Con la cabeza rapada, el cuello libre, vestido de una especie de elástica encarnada y blanca, este antepasado fué tenido en la familia por un mal sujeto. En vez de entrar en el seminario, sentó plaza de mariner, llegó á ser capitán de buque mercante y fué muerto por un casco de metralla en las guerras de la Revolución, armado en corso contra el inglés. Un día en que el amigo Gouf miraba el retrato de Juan Pedro, dijo tímidamente: «Tiene el mismo hoyuelo de Minnie.» Y es verdad: Minnie tiene el hoyuelo del tío mayor; tiene su barba voluntariosa y también la franqueza manifiesta de sus ojos azules. Por una fantasía del destino, á través de las generaciones, algunas gotas de sangre del aventurero reviven hoy en la descendiente de los caballeros correctos, vestidos de negro, y de las señoras de párpados caídos que fueron sus esposas.

Pero papá, para educar á Minnie, ha tenido otro colaborador. Su infancia no se abió en las sombras ciudades apestadas. Ha respirado otro aire que el aire pesado, denso, viciado, de la vieja Europa. Fué allá, allende los mares, donde Minnie aprendió á saborear la vida. El gran sol de los trópicos la avivó con su llama. Es una florecita brillante que el astro nutrió con sus rayos y rodeó de un nimbo de oro.

II

En el salón alto de techo de la calle de Varennes, muy tiesa en el fondo de su gran sillón de tapicería, la madrina está sentada, con una obra de punto sobre las rodillas. A través de las persianas medio cerradas, se filtra apenas un dudoso rayo de sol. Y macizo sobre sus cuatro columnas de mármol, indiferente á las cosas exteriores, el viejo reloj Imperio bate los segundos con un tic tac duro que escande secamente la huída de las horas. Hay en la estancia un vago olor de espliego, de encerrado y de enmohecido. Pesados muebles de caoba y cobre se inmovilizan entre las puertas. Sillones incómodos y tiesos duermen bajo fundas sin color. Ni una planta verde, ni una flor, ni una chuchería de adorno. Hay un par de candelabros de bronce y ruinas de Cartago de la misma substancia, donde Mario llora, impasible. Algunas fotografías amarillentas palidecen en marcos pasados. Cuelgan de los tableros murales varios re-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

tratos severos. Señores maduros, petrificados bajo sus pelucas, se abisman en tristes pensamientos. Damas angulosas, con el corpiño vacío y la boca

blancos, gafos de reumatismo, en que brillan anti-  
quísimas sortijas.

Pero la puerta se entreabre y la silueta imprecisa de la señorita Noemia se desliza por el pavimento de madera encerrada. Bajo sus bandas de cabellos amarillos que se platean, su rostro tenue se excusa de antemano de no poderse suprimir totalmente. Por temor de ser indiscretas, las facciones se han reducido al minimum. Unos ojitos incoloros mueven apenas los párpados desprovistos de pestañas. No hay cejas ni mejillas. La nariz minúscula se inclina á la izquierda á fin de pasar inadvertida. Los labios procuran ocultarse en una pálida sonrisa ansiosa. Y como la barba no es indispensable, falta en absoluto. Es más sencillo. Paliducha, grotesca, saltona y ágil, espantadiza, diligente, la señorita Noemia surge, como un humilde pájaro desplumado y, en verdad, ¿qué pedante la calificaría de mamífera?

Con su voz algo sorda, pero siempre clara, la madrina la interroga:

—Y bien, señorita, ¿ha terminado usted sus preparativos?

Hace un cuarto de siglo y más que la señorita Noemia sirve bajo las órdenes de la madrina. Pero, desde hace un cuarto de siglo, toda pregunta directa que se le hace no deja de turbarla. La señorita Noemia inclina, pues, el cuello, vuelve á levantarlo, tose un poco, se pone ligeramente colorada y al fin articula con esfuerzo:

—Sí, señora. Al menos así lo asegura Melania.

Melania lo asegura: restricción prudente, porque ¿cómo, á menos de haber consultado uno de los tomos polvorientos de la vieja *Enciclopedia de las personas de sociedad* que se hallan alineados en el cuarto

verde; cómo la señorita Noemia había de poder suponer qué preparativos se necesitan para recibir á un niño? ¿Es que entre aquellas cuatro paredes en que desde hace veinticinco años se desgrena día por día su existencia, ha podido ver jamás de cerca ninguno de esos pequeños monstruos caprichosos y aprender á conocerlos? ¿Es que, en la estancia antigua donde los muebles pasados de moda dormitan á la vista impasible de los muertos, no protesta todo contra semejante suposición, tan extravagante que no es posible articularla sin faltar á las conveniencias?

Pero la madrina frunce el entrecejo é insiste con un asomo de disgusto en la voz. La señorita Noemia no debe confiar en Melania por lo que toca á cuidados de esta importancia. Melania es una excelente muchacha, de buen carácter, y más trabajadora de lo que suelen serlo las criadas del día. Pero no tiene cultura ni experiencia. En todo lo concerniente á los cuidados de que Minnie ha de ser objeto, la madrina cuenta particularmente con la señorita Noemia. Si consintió en asumir la pesada tarea que va á gravitar sobre ella, fué únicamente por deber. Y no creyó poderlo hacer en conciencia, sino porque tenía la señorita Noemia á su lado. Por la dulzura y firmeza de su carácter, por la confianza merecida que sabrá inspirar, hasta por su edad, que hace que le



Los dedos han dejado de hacer punto de aguja

repulgada, quieren desconocerse... Pero, encima del piano, fresca, elegante, despejada, una encantadora joven, en traje de baile, de tul color de rosa, sonrío á la vida... Es la única alegría de la estancia helada. De vez en cuando, se oye más allá de los dos patios, en la calle, la bocina de un automóvil. Entonces Bobby, el viejo perro de lanas, entreabre un ojo, gruñe muy bajo y vuelve á dormirse.

Pero la madrina está muy agitada. Esto quiere decir que en vez de continuar sin descanso su invariable labor de punto, inmóvil y con los párpados caídos, hace de vez en cuando una pausa, levanta la cabeza y deja escapar una malla. Entre los bucles blancos que rodean el rostro, los ojos grises, brillantes todavía, en vez de permanecer fijos en la obra de lana, recorren la estancia, buscan el rayo de sol, miran los retratos austeros. Quizás les piden consejo. Pero, egoístas y prudentes, los antiguos magistrados y las damas que fueron sus compañeras irreprochables se concentran en su gravedad silenciosa. Entonces, las pupilas de la anciana vuelven á vagar y se detienen en la joven del traje color de rosa. Sus labios delgados se cierran y su barba se estremece. Bajo la seda rígida que cruje, su pecho se ensancha un poco. Y después, las manos laboriosas reanudan su tarea, y las mallas se suceden bajo los dedos

sean menos ajenas las cosas de la infancia, la señorita Noemia resulta bien designada para las funciones educadoras que van á tocarle...

La dulzura y la firmeza de su carácter..., la confianza que sabrá inspirar... A cada una de las apreciaciones que caen de los labios de la madrina, la señorita Noemia hace una pequeña zambullida á guisa de reverencia. Pero, cuando se trata de su edad, «que hace que le sean menos ajenas las cosas de la infancia,» se siente desconcertada. ¿No está en el deber de sacar á la madrina de su error? Pero no, no es posible que la madrina se haga ilusiones. ¡Vamos!, ¿no puede imaginarse que la señorita Noemia haya sido nunca joven? ¿La señorita Noemia niña? ¿La señorita Noemia con delantal corto y calcetines? ¿Por qué no la señorita Noemia enamorada? Pero la madrina sabe á qué atenerse. Únicamente ha querido señalar á su humilde compañera la excelente opinión que tiene de ella y de su abnegación. La señorita Noemia se confunde en expresivas gracias. Hará lo que pueda.

Después de una pausa, la madrina interroga.

—¿Ha visto usted á Orasia?

«¿Ha visto usted á Orasia?» El tono sólo en que esta pregunta es enunciada deja entrever que hay algo oculto, grave, quizá trágico. No ha sido sin vacilación como la madrina, tan segura de sí misma, la ha formulado. El aire tranquilo con que finge esperar la contestación no puede engañar á nadie... Los dedos han cesado de hacer punto de aguja. Nótase un pliegue de inquietud en la comisura de sus labios. Y la señorita Noemia que sabe muy bien todo lo que se oculta bajo esta simple frase: «¿Ha visto usted á Orasia?», se apresura á tranquilizar á la anciana. Sí, la ha visto después del almuerzo. Ha estado en la cocina con un pretexto...

La madrina la interrumpe. La señorita Noemia no necesita pretextos para entrar en la cocina. Investida de las funciones de confianza de dama de compañía, la señorita Noemia está en su puesto en todas las habitaciones y dependencias de la casa. No necesita excusarse en ninguna parte, y especialmente en la cocina, cuando juzga que tiene el deber de entrar en ella.

La señorita Noemia se inclina y da nuevamente las gracias. Pero, á causa de los acontecimientos de hoy, ha pensado que convenía captar particularmente la voluntad. La madrina frunce ligeramente las cejas. Se ve que no quiere admitir, teóricamente al menos, que haya habido necesidad de diplomacia allí donde el derecho estricto era incontestable. Así es que la señorita Noemia corta sus explicaciones y concluye: Orasia no parece mal dispuesta.

—¿Ha tomado su café?

Las cejas de la señorita Noemia se alzarían triunfalmente si existiesen:

—Ha tomado su café y ha puesto azúcar.

La madrina se sonríe con un aire de condescendencia. Pero su alivio es manifiesto. Lanza un pequeño suspiro de satisfacción y vuelve á tomar su labor de punto. ¡Vamos!, las cosas se arreglarán menos mal de lo que era de temer.

Cuando Orasia, la vieja cocinera que está al servicio de la madrina desde el año de su casamiento supo que iba á venir una niña á la casa, dijo confidencialmente al cochero que daría mañana á la señora los ocho días reglamentarios de tiempo para buscar quien la substituyera. La confidencia llegó á oídos de la señorita Noemia, la cual, asustada de su responsabilidad, no había podido ocultársela á la madrina. En su tono más altivo, la señora había declarado que recibiría á la rebelde y llevaría su merecido. Pero, en el fondo de su alma, ello la había trastornado. La perspectiva de un cambio, de una separación, de una ruptura con todo lo que le quedaba de un pasado tan remoto, le daba palpitaciones. Tuvo tres noches de insomnio... Su dignidad le prohibía dejar ver nada, ni siquiera á la señorita Noemia. Pero, hace un momento, al interrogarla, sentía un pequeño temblor interior. Ahora está tranquila. Desde el momento que Orasia ha tomado su café con azúcar no hay nada que temer. Con ocasión de los grandes acontecimientos nacionales ó domésticos, la vieja cocinera suprime el azúcar: así lo hizo el día del asesinato del presidente Carnot. Pero no ha renunciado á su café más que dos veces: cuando Clara Angélica murió y cuando la madrina tuvo su congestión pulmonar.

La señorita Noemia continúa en su tono respetuosamente confidencial.

—Melania está convencida de que, con tal de que la niña no ponga los pies en la cocina, todo irá muy bien.

La madrina menea la cabeza. Y este movimiento tiene toda clase de significaciones. Desde luego, desaprueba claramente que la señorita Noemia cite una vez más la autoridad de Melania, que es un cero á la

izquierda. Luego protesta contra la suposición de que la hija del ahijado de la señora tenga algo que hacer en la cocina; era una idea muy impropia que sólo se le puede ocurrir á Melania. Pero da á entender sobre todo que si, acaso, ella, la madrina, dispusiese otra cosa, no sería el temor de disgustar á Orasia lo que la detendría. Ha puesto á otras en su lugar, dándoles una lección, incluso la emperatriz Eugenia el día en que ésta creyó honrarla nombrándola dama de palacio.

Y la madrina opina con cierta severidad:

—Esa mujer está demasiado mimada. Temo que no tenga usted bastante firmeza con ella.

La señorita Noemia baja la cabeza, pues comprende que el reproche es merecido. Reconoce su insuficiencia y su debilidad. ¡Ella, tener firmeza con Orasia, que posee cejas, nariz, barba y hasta bigote; con Orasia, viuda de un gendarme, ancha de espaldas y mamífera de las mayúsculas! Se sonríe humildemente y no contesta. Por lo demás la madrina sabe perfectamente cómo van las cosas y sabe que no podrían ir de otro modo. Pero, oficialmente, la señorita Noemia lleva ventaja á Orasia. La madrina ha enunciado simplemente un principio. Los principios sirven para ser enunciados.

Hay otra pausa, después de la cual la señorita Noemia, pensativa, se sonríe á sí misma; y á media voz— así la señora podrá á su antojo, dejar caer ó reanudar la conversación,—murmura con un acento de convencimiento:

—Por las fotografías, esa pequeña Minnie parece encantadora.

La madrina mueve la barba con un gesto que no dice que no, pero que tampoco aprueba. No hizo más que entrever esa niña durante algunos minutos á su paso por Burdeos. Es demasiado poco para formar sobre ella un juicio definitivo. Pero cuando se tiene la edad y la experiencia de la madrina, un solo golpe de vista basta para tener una impresión que á menudo los acontecimientos justifican. ¡Pues bien! Minnie, verdaderamente, no la desagradó. Es evidente que Minnie, separada de sus padres, fuera de su centro, no se mostrará en condiciones favorables. Será como un pobre pajarito asustado. La señorita Noemia cuidará de no tratarla con brusquedad. ¡Con brusquedad! La idea de que la señorita Noemia, privada de barba y de cejas, con sus mitones que le cubren la mitad de los dedos, pueda tratar á alguien con brusquedad, es chocante... Sin embargo, la señorita Noemia contrae gravemente el compromiso exigido. Puesto que así lo quiere la madrina, no tratará con brusquedad á Minnie. ¿Pero y si Minnie la trata á ella de un modo brusco? La señorita Noemia no formula esta hipótesis tan contraria á los principios.

—Eso sí, señorita Noemia, debo suplicar á usted que muestre una gran firmeza con esa niña. Me temo que está abominablemente mimada.

La señorita Noemia sacude la cabeza con aire tranquilizador. No, no, la hija del señorito Mauricio no es ciertamente una niña mimada... La madrina hace un pequeño gesto terminante que la para en seco y le hace meter el cuello entre los hombros. ¿Qué sabe la señorita Noemia? Sin duda Mauricio era un excelente muchacho y no se ha echado á perder. ¿Pero reúne las cualidades necesarias para educar á una niña? ¿Y, en medio de la agitada existencia que ha llevado, cómo ha debido tener tiempo para atender á su educación? Es muy raro que los niños nacidos en las colonias no conserven algo del abandono é indolencia de los criollos. Y, por otra parte, ¿ha tenido en su mujer la auxiliar necesaria?

Cuestión delicada sobre la cual la señorita Noemia juzga oportuno no pronunciarse. La madrina continúa. No es que la esposa de Mauricio le hiciese mala impresión. Colmó á la madrina de atenciones y amabilidades. Pero parece muy delicada y muy nerviosa. Además tiene en contra un prejuicio sensible: no se educó en ningún colegio de religiosas.

—¿Dirá usted que se puede recibir una buena educación fuera de los conventos?

Efectivamente, la señorita Noemia podría decir esto. Pero también podría no decirlo. Así es que se contenta con dar un pequeño cloqueo ambiguo. La madrina se da por satisfecha y reconoce que la esposa de Mauricio es muy simpática. Pero le sorprendería que esa mujer delicada y enfermiza hubiese sabido desempeñar con acierto la compleja tarea de educar á una niña. Sin duda habrá en Minnie muchas lagunas é imperfecciones. La señorita Noemia no puede tener por objeto el reformar una educación en cuatro ó cinco semanas. Pero, con tacto, con paciencia y con una energía tranquila y tenaz, puede ejercer sobre Minnie la mejor influencia. Lo esencial es que, para que tome confianza, el pobre pajarito que va á llegar, asustado y tembloroso, encuentre una tierna acogida y un corazón abierto para recibirlo...

La madrina, acerca de esto, no necesita hacer recomendación alguna á la señorita Noemia, ¿verdad?.. Su voz es más dulce; la señorita Noemia siente que van á saltarle las lágrimas. Abre y cierra dos veces la boca sin decir nada. ¡Ah!, ¡si al menos, para demostrar la abnegación de que es capaz, pudiese hacerse hacer pedacitos ó atormentar en el potro!..

Después de una pausa, la señorita Noemia tose y continúa:

—El Sr. Geoffroy decía el otro día que esa niña está muy desarrollada para tener la edad que tiene.

¡El Sr. Geoffroy! ¡Peuh! El labio inferior de la madrina se alarga haciendo una mueca desdeñosa y su nariz se endereza marcialmente, entre sus bucles blancos. Los magistrados que fueron sus ascendientes no miraban con un desdén más abrumador á los infelices que temblaban esperando sus sentencias. La madrina pronuncia la suya en un tono decisivo. El Sr. Geoffroy no es ninguna autoridad. No tiene conocimiento alguno de los niños. ¿Con qué derecho había de juzgarlos?

Hace más de veinte años que, tres veces á la semana por término medio, el amigo Gouf llama tímidamente á la puerta de la madrina, es introducido en el salón, se sienta en el borde de una silla y, con aire humilde y conciliador, enuncia sobre el tiempo, sobre los hombres y sobre las cosas, observaciones medianas que son escuchadas con un interés condescendiente ó contradichas con virulencia.

El padre del amigo Gouf fué en otro tiempo el agente de negocios del vidamo de Valfroy (así se llamaba el esposo de la madrina). Y fué gracias á su abnegación tenaz y artificiosa como, á pesar de las locuras del pródigo señor, quedóle á la madrina lo suficiente para vivir. La madrina reconoció sus servicios regalándole una tabaquera antiguamente ofrecida á un Valfroy por el duque de Richelieu en persona. Y, después de la muerte del buen hombre, ella dijo al politécnico miope, heredero de su nombre obscuro y de sus talegos de escudos brillantes, que considerase siempre como suyo el hogar cuyos cimientos habían sido salvados por su padre. Naturalmente, esta manifestación no había de tomarse al pie de la letra, pues la madrina no era mujer que pudiese olvidar la distancia que media entre la viuda de un marqués arruinado y el hijo de un escribiente millonario. Y el mismo amigo Gouf, á pesar de titularse demócrata y á pesar de las teorías anarquistas de las cuales algo mascuja cuando la ocasión se presenta, se ha considerado siempre como un pequeño animal ante ella. Do quiera se encuentre, aunque sea en presencia de sí mismo, el amigo Gouf está incómodo. Pero en ninguna parte es tan palurdo como en el salón de la madrina. Cualquiera que sea el punto en que los derechos del hombre le constituyan igual á ella, se siente con humildad muy inferior. Diga ó haga lo que quiera, se considera juzgado y clasificado por decisiones inapelables. Y nunca, al marcharse, ha pasado el umbral de la habitación sin un suspiro de alivio.

Y sin embargo, desde hace más de veinte años, ha vuelto siempre, y volverá. ¿Por qué? Sin duda porque en el viejo salón anticuado y sombrío, se siente muy lejos del París moderno, chillón y trivial, y, durante algunos minutos, puede olvidar que existe; porque el perfume de espliego, de encerrado y de enmohecido, que allí se siente, recrea deliciosamente sus narices de escéptico sentimental. Es también porque sabe que, con los años, los visitantes se han hecho raros; que sólo hay cuatro ó cinco ancianos que, de vez en cuando, vienen todavía á sentarse en los sillones incómodos; y que, si, por casualidad, ce sase en sus visitas, que á menudo le valen sofiones y anatemas, la madrina se encontraría aún más aislada en aquel gran París ruidoso y egoísta. Él es el único eslabón que la une á la vida exterior. Si él desapareciese, ella se encontraría sola, como muerta.

Y para traerle regularmente las noticias de fuera y recoger sus juicios rigurosos, el amigo Gouf tiene otra razón: es que, sabiendo arreglárselas, por medio de una serie de hábiles maniobras, puede llegar á sentarse enfrente del retrato de Clara Angélica.

Clara Angélica es la hermosa joven vestida de tul color de rosa que sonríe encima del piano, en medio de los graves retratos sombríos. Es la hija que la madrina tuvo cuando ya no se atrevía á esperar descendencia. Y hará pronto veinte años que murió en tres días de difteria, dos semanas antes de la fecha señalada para su casamiento con el conde de Fosseux.

Y Clara Angélica es la única mujer que el amigo Gouf ha amado. La amó desde pequeña, cuando era una mamoncilla babosa que quería coger el sol con su manecita. La amó cuando era una chiqueta turbulenta, con las trenzas colgando y los dedos manchados siempre de tinta. Y la amó con toda su alma, con todo el exacerbado sufrimiento de su pobre corazón

tímido, cuando, ya muchacha, se abandonaba alegremente á los brazos de los que la sacaban á bailar, mientras que él, feo, amarillo y ridículo á sabiendas, la estaba observando desde el hueco de una puerta sin atreverse á invitarla. ¿Sospechó ella algo de su amor? Quizá no. ¿Y la madrina? ¿Quién sabe! En todo caso, su grave benevolencia no dió á conocer nada: ¿y cómo sospechar semejante imprudencia en aquel buen patán, en el hijo de Geofroy? En tono natural, sin miramientos, un día le anunció los desposorios de Clara Angélica. El amigo Gouf no pensó en matarse porque comprendió que sería indiscreto. Pero creyó experimentar la mayor pena de su vida. Sin embargo, al saber, tres semanas después, la muerte de la joven, vió que se había equivocado. Desde entonces, el amigo Gouf habla del amor en términos muy cínicos. Pero, para él no hay en la tierra horas más dulces que las que pasa ante el retrato de Clara Angélica, mientras la voz acrimoniosa de la madrina vitupera las infamias de la política y denuncia la disolución de toda moral...

Dan las cinco en el reloj Imperio que no se adelanta ni se retrasa nunca.

—Si el tren no viene con retraso, entran ahora en la estación.

Pero la madrina hace con la cabeza una señal de desprecio que da á comprender que seguramente el tren vendrá con retraso, y la señorita Noemia mueve el cuello en señal de conformidad. La madrina no es enemiga del progreso, con la condición de que no se opere contra el sentido común. Si los automóviles son horribles, ella admite los ferrocarriles, aunque eran preferibles las antiguas diligencias bajo muchos conceptos. Pero la organización de los ferrocarriles, las estaciones, su administración, son deplorables. En el fondo, ¿qué hay que marche bien en la pobre Francia tal como la han desfigurado? Todo está en decadencia. Vivimos en tristísimos tiempos.

Y, siguiendo la asociación de ideas que de un hecho particular conduce la madrina á englobar en su pesimismo á toda la vida contemporánea, la señorita Noemia dice á media voz:

—A propósito, señora, esa gente del segundo...

Más vivamente quizá de lo que exigiría el estricto sentimiento de la dignidad, la madrina ha levantado los ojos.

—¿Y bien?

—Y bien señora, ya no se van.

Las grandes demostraciones son impropias de la madrina. No abandona su labor. Pero repulga los labios, alza un instante los ojos al cielo y meneala cabeza con un gesto de abatimiento.

Hace cuarenta años que la madrina vive en la vieja habitación de la calle de Varennes. Es incómoda, triste y sombría. Pero, situada en el primer piso, en el fondo de un segundo patio, está al abrigo de los ruidos de la calle; y, por detrás, tiene vistas al jardín de un convento. Y, además, la madrina tiene allí todos sus recuerdos. Su vida entera está encerrada allí.

Sin embargo, hace tres años, estuvo á punto de mudarse. La marquesa de Prebins, que, desde hacía treinta y siete años, era su coinquilina, en el segundo, murió. Su habitación fué alquilada; ¿por quién?, por el doctor Peborde, diputado radical socialista por el Alto Ariege...

La señorita Noemia no olvidará jamás el día del cataclismo. Era una mañana de octubre, un miércoles. En el momento en que volvía de misa, la portera, aterrada, le dió la noticia. Un diputado acababa de alquilar el segundo piso. ¡Y qué diputado! Un radical intransigente, un anticlerical furibundo que había votado la expulsión de las congregaciones y pedido la agravación de la separación de la Iglesia y el Estado. Y se traía consigo á su mujer, una arpía de provincia con trajes de *cosotte*, y tres pobres criaturas no bautizadas... Sofocada, la señorita Noemia no había sabido qué contestar. Subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, y, con las facciones descompuestas y las piernas que le flaqueaban, fuera de sí, se lo enjaretó inmediatamente á la madrina...

¡Cuántas veces, llena de remordimientos, no se reprochó su crueldad!.. Al recibir semejante golpe, la madrina palideció y juntó las manos; creyóse un momento que iba á desmayarse. ¡Cómo!, ¡el techo, bajo el cual vivía ella, iba á cobijar á uno de esos sectarios cuya única aspiración consiste en descristianizar á Francia! ¡Ella sufriría quizá en la escalera el contacto de la desdichada que, á los ojos de la Iglesia, no era siquiera su esposa, sino únicamente su concubina legal! Oiría sobre su cabeza los menudos pasos de las tres pobres criaturas destinadas desde su nacimiento á condenarse... Ante tales perspectivas, la madrina se sublevó y dijo irguiéndose: «¡Entonces, señorita, nos mudaremos!»

Lo dijo, pero no lo hizo. ¡Pobre madrina! Las fuerzas de su cuerpo flaco y extenuado no se hallaban ya

á la altura de su santa indignación del primer momento. Y su voluntad también flaqueó, por primera vez quizá, en su alma de buen temple. ¡Cómo!, ¡echar á la calle todo el pasado, confiar á las manos brutales de los mozos de mudanza todos los caros recuerdos de antaño! ¿Abandonar la casa en que se deslizó la infancia de Clara Angélica, sufrir que otros profanen el cuartito siempre cerrado en que ella murió, ir á buscar, en el gran París tumultuoso y terrible otro rincón en que arrastrar los pocos días que le quedan de vida? No, la madrina no ha tenido este valor. La frase que dejó escapar en el primer momento de indignación, no la ha vuelto á pronunciar, y la señorita Noemia no se la ha repetido nunca á fin de que no tuviese que avergonzarse de su debilidad.

Y la madrina ha vivido bajo el mismo techo que los ateos. Ha tenido que entrever la silueta barbuda y feroz del diputado Peborde, tragacuras. Ha oído las griterías de su compañera, la descarada que se atrevió á presentarse una tarde á la puerta de la madrina y preguntar cuál era su día de recepción. Ha soportado las disputas, los lloros, los juegos ruidosos y el fonógrafo de los pequeños monstruos dejados sueltos encima de su cabeza, y no sólo faltos de bautismo, sino faltos también de cuidados y de vigilancia, abandonados á sí mismos por un padre absorbido en la política y una madre frívola que sólo vive para los placeres... Todo esto, la madrina lo ha soportado sin quejarse, y sin permitir en torno de ella ninguna observación... Severa para con los otros, aún lo es más para consigo misma. Hubiera debido partir y le faltó valor para ello. Justo es que expie su falta... No habiendo tenido la energía de huir, se ha prohibido toda otra cobardía. No puede suprimir á los infieles, pero resolvió ignorarlos. Queda convenido que no existen, que no se pronuncie su nombre. Cuando, una vez al año, sucede que tiene necesidad de designarlos, les llama: «Esa gente.»

Hace algunas semanas, martirizada por su ciática, alteradas las facciones por el sufrimiento, encorvados los dedos por el mal, la madrina tuvo un destello de alegría. Una mañana, se supo por Orasia que los Peborde no habían renovado su alquiler. Parece que el mal espíritu es muy combatido en el Alto Ariege. El doctor no estaba muy seguro de su reelección... Durante un mes el corazón de la madrina ha vibrado de esperanza y al menos tres ó cuatro veces ha preguntado ella:

—¿Sabe usted si esa gente se muda al fin?

Y ahora resulta que no se mudan. ¡Peor que eso! La señorita Noemia lo anuncia á media voz, apartando los ojos. No solamente no se mudan, sino que hacen un arriendo por una serie de años. El doctor Peborde está seguro de ser reelegido. ¿Seguro de ser reelegido? ¿Entonces qué población es esa del Alto Ariege? ¿Entonces hay que desesperar de todo? ¡La Francia está perdida! Directamente interpelada, la señorita Noemia se siente complicada en el asunto, se encoge, se excusa, como si fuese hija del Alto Ariege y en cierto modo electora del Sr. Peborde. Parece, — el señor cura párroco lo sabe del condé de Freuil, diputado de la Vendée— parece que el señor Peborde es muy apreciado. Se asegura que hasta hay católicos que votan por él. ¿Hay católicos que lo votan? Entonces, no hay nada que decir, es el país que quiere su ruina. La madrina cierra los ojos con un aire de abatimiento tan completo que la señorita Noemia, helada, busca en vano palabras para reconfortarla.

Pero en este momento se oye el ruido de un coche en el patio. Los ojos de la madrina vuelven á abrirse. Si la señorita Noemia quisiera tener la bondad de mirar... La señorita Noemia mira ya por la ventana y balbucea con visible emoción.

—Señora, en verdad, creo que es nuestra pequeña viajera.

La madrina hace un gesto vago. Está bien. Quisiera expresar brevemente que este acontecimiento que tanto parece trastornar á la señorita Noemia era esperado y nada tiene que no sea muy natural. Pero no encuentra estas palabras. Es que también ella está muy emocionada. Desde que la pequeña Clara Angélica, ya crecida, dejó su camita blanca provista de cortinajes de muselina, ninguna otra criatura ha dormido en ella. Y son pocas las que han entrado en la vieja habitación. Y todos los que han pasado el umbral han parecido dejar á la puerta su alegría y su infancia, como si fuesen aterradas por la cultura extraordinaria del techo, por la semiobscuridad, por los retratos austeros y el rancio olor de enmohecido. Ponían cara de miedo y hablaban bajo.

Y, de pronto, la madrina se pone triste al pensar que quizá la hija de Mauricio, la niña cuya infancia bañó el sol de los trópicos, va á encontrarse oprimida y como aprisionada á su lado. Hubiera debido disponer que abriesen las persianas, pero ya es de-

masiado tarde. Necesitaria, al menos, palabras de bienvenida tiernas y joviales; pero la madrina no las encuentra. No sabe ya cómo se habla á los niños. ¡Es tan vieja y vive tan sola! Ha abandonado su labor, cruza y descruza las manos. Pero suena un campanillazo, se oyen voces y pasos menudos. La madrina dirige una mirada circular en torno de ella. ¡Qué aire tan grave tiene la señorita Noemia! ¡Sólo faltaría que tomase al pie de la letra las recomendaciones de severidad de la madrina! Con una voz enteramente cambiada, con una voz que nunca ha tenido, casi suplicante, la madrina balbucea:

—Señorita Noemia, cuento con usted para que esa niña, esa pobre niña...

Pero no tiene tiempo de concluir. Un choque formidable mueve la puerta con tal violencia que la madrina se estremece y da un grito. La hoja cede, se abre con estrépito, y algo tropieza, se cae al suelo y rueda como una bola hasta el centro del salón. Bobby, arrancado de su sueño, ladra furiosamente. Inmóvil en un guardapolvo y la cara consternada, el amigo Gouf aparece en el hueco de la puerta. Está dudando si dará en el acto media vuelta...

Pero Minnie, aún de bruces en el suelo, grita en un tono tranquilizador: «No es nada, un pequeño golpe nada más.» Levántase de un salto y permanece un segundo indecisa, con el sombrero ladeado, la boca risueña, aunque un poco intimidada. Sus ojos van de las dos señoras que no conoce á Bobby que, atrincherado detrás del taburete, sigue ladrando con todas sus fuerzas. Pero de pronto se detiene y se fijan en la madrina. Su mirada azul va derecha al corazón de la anciana que le abre los brazos sonriendo. Y Minnie se precipita en ellos gritando: «¡Usted es la madrina, la reconozco!»

Y mientras la madrina, emocionada, la besa en la frente y procura dominar el temblor nervioso que aún la agita, ella pregunta con voz sonora designando á Bobby:

—¿Es que éste sabe andar en dos patas?

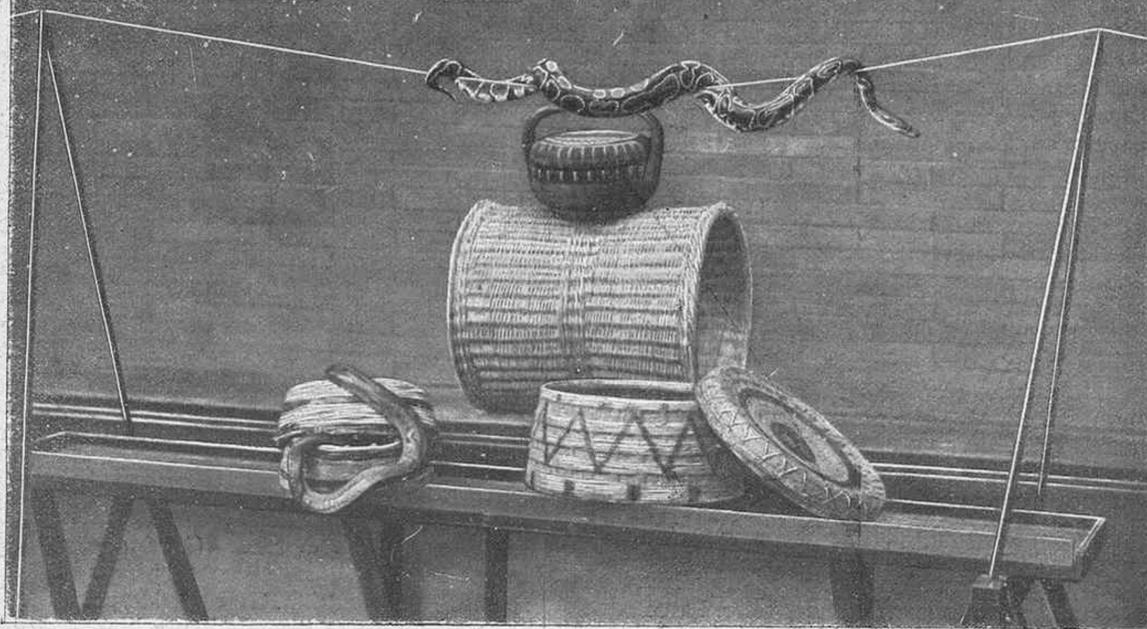
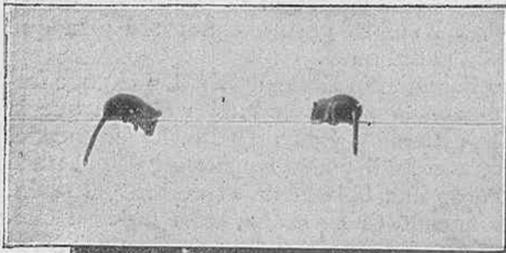
Mientras tanto el amigo Gouf, encarnado como una amapola, ha renunciado á huir y se ha sentado delante de la madrina. Ha dado la vuelta á todas las filosofías y profesa discretamente la más despreocupada. Pero á pesar del desprecio universal en que envuelve hombres y cosas, sufre ante la madre de Clara Angélica, y sufre ante su retrato de ser tal cual es. En aquel salón más que en otra parte alguna, odia á su alma débil y sin energía. Y más que en otra parte alguna odia á su cuerpo ridículo. Tiene el sentimiento odioso de sus piernas demasiado cortas, de su barriga saliente, de sus brazos incapaces del menor gesto armonioso. Aborrece su cara redonda, sus mejillas vinosas, sus ojos saltones, su barbita de estopa sus cuatro cabellos que, á pesar de todos los cosméticos, se enderezan en forma de cresta en la parte posterior del cráneo. Desengañado de todas las vanidades y fácilmente cínico en sus palabras, el amigo Gouf no llega á poner su alma en armonía con sus doctrinas. ¿Qué importa en el gran todo el átomo Gustavo Geofroy? Pero he aquí que le exaspera el sentir este átomo tan estúpidamente estrellado en el borde de una silla de terciopelo. ¿No puede al menos sentarse en el centro de la silla? Riendo maliciosamente, para mostrar que está cómodo, trata de sentarse mejor. Pero su sombrero empolvado rueda por el suelo y, al bajarse á recogerlo, sus lentes se escurren y caen... El amigo Gouf sufre miserablemente, mientras refiere á la madrina con aire muy jovial las peripecias del viaje.

Peripecias insignificantes. El amigo Gouf es un narrador mediocre. Bien que nunca le ha sucedido nada de notable. El solo contacto de su persona basta para despoetizarlo, para vulgarizarlo todo. Nunca ha tenido nada que se pareciera á una aventura. Nada de imprevisto, de curioso, de pintoresco, ha venido jamás á romper la monotonía de su existencia. No se ha encontrado en ningún descarrilamiento, ni ha ganado jamás ningún premio gordo de lotería. El destino del amigo Gouf es tan mediocre como su persona. A las preguntas de la madrina, contesta brevemente con esfuerzo. Y de pronto se pone colorado, reparando que se olvidó de quitarse el guardapolvo. Entonces se execra más y le asalta la idea del suicidio. Pero erraría el tiro y sólo sabría estropearse. El oírse á sí mismo mascullar laboriosamente frases triviales, le hace sudar. ¡Ah!, ¡si fuese otro, con qué gusto le daría un puntapié en la parte posterior! Los hombres de su especie harían aborrecer á la humanidad, si de antemano, la humanidad no diese asco. De vez en cuando, para animar su narración el amigo Gouf trata de hacer un chiste. Pero es tan laborioso que antes de terminar la frase, el hombre se detiene con una vaga sonrisa que pretende ser de un escepticismo ligero y le resulta francamente idiota.

(Se continuará.)

## EXPERIMENTOS DE PSICOLOGÍA ANIMAL

La Universidad de Harvard y la de John Hopkins (Estados Unidos) han organizado, de algunos años á esta parte, laboratorios de psicología experimental y comparada, que, aunque en sus comienzos todavía, han proporcionado á la zoología una abundante cosecha de hechos y comprobaciones del mayor interés.



Por el ejemplo de un ratón, ¿puede adiestrarse á una serpiente á pasearse por un alambre?

Una de las cuestiones que simultáneamente han estudiado ambos laboratorios ha sido la de si la educación de los animales se efectúa por la facultad de imitación ó debe atribuirse únicamente á la fuerza del instinto, y para resolverla han realizado una serie de experimentos, de los que citaremos los más característicos.

Admítase, comúnmente, que las funciones *naturales* del gato son cazar y matar ratones; pero el doctor Berry, del Laboratorio de Harvard ha demostrado con pruebas concluyentes la inexactitud de esta teoría. Tratábase de averiguar si gatos jóvenes, puestos por vez primera en presencia de ratones, los atacarían *instintivamente* ó si, por el contrario, esperarían á que se les enseñase á cogerlos, matarlos y comerlos; y aunque la primera hipótesis parecía más verosímil, la segunda fué la que se realizó. Escogió el experimentador una gata recién parida y esperó que los tres gatitos tuviesen cinco meses, cuidando de evitarles todo contacto con el mundo exterior. Para mayor claridad, denominaremos á la gata M y á los pequeños X, Y y Z.

Introducido Z en una jaula en donde había un gran ratón negro, manifestó al principio cierta inquietud; pero, cuando por un movimiento del ratón descubrió á éste, se le acercó, golpeóle con la pata y se pusieron los dos animales á jugar y á perseguirse sin que el felino diera un gruñido ni dejara asomar sus zarpas. Al cabo de una hora, sacóse de la jaula al roedor sin un solo rasguño, y sometidos luego á la misma prueba X é Y condujéronse como su hermano.

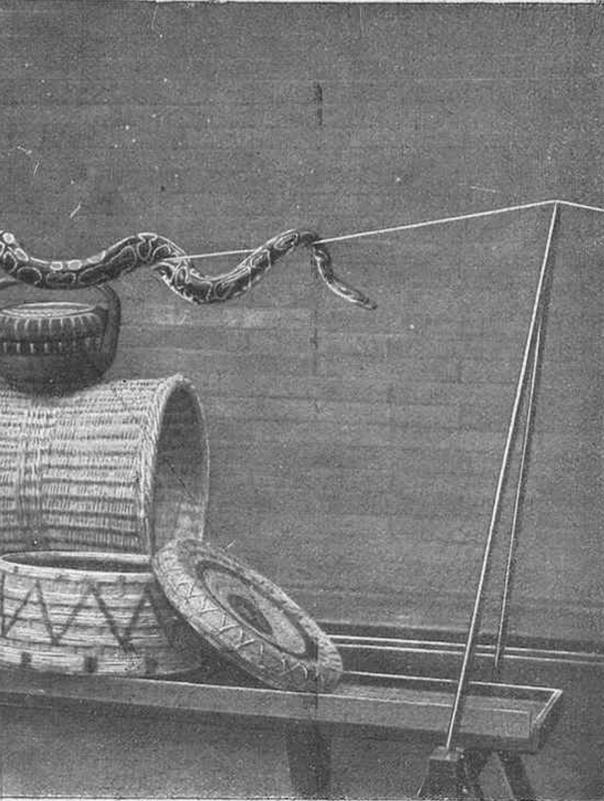
Este primer experimento demostraba, de un modo palpable, que ninguno de los tres gatos manifestaba una tendencia instintiva á dar caza, matar y comerse á los ratones.

Repitióse la prueba seis semanas después, dejando á cada gato en una jaula con un ratón durante veinte minutos. Hay que advertir que, para hacer más decisivo el experimento, se había dejado á los felinos veinticuatro horas en ayunas. Las partidas de escondite, por decirlo así, fueron más brutales pero también salieron indemnes de ellas los roedores.

Era, pues, interesante averiguar si los gatos aprovecharían las enseñanzas maternas y *aprenderían* fácilmente á ejecutar una serie de actos que su *instinto* no había podido inspirarles, para lo cual procedióse del siguiente modo. Después de haber dejado á X jugar diez minutos con el ratón, fué introducida en la jaula la madre, quien, sin andarse en cumplidos, cogió al roedor lo mató y se lo comió en presencia

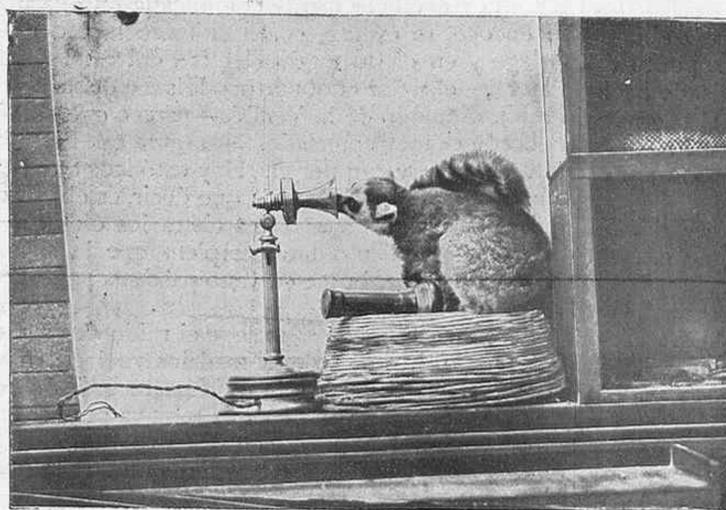
del gatito que la contemplaba atentamente. Retirada M de la jaula, metióse en ésta otro ratón con el que X jugó como antes; luego se hizo entrar á Z y los dos hermanos prosiguieron el juego, advirtiéndose, sin embargo, que, cuando uno tenía al ratón entre sus patas dejaba oír un gruñido si el otro intentaba quitárselo.

Retiróse á Z reemplazándolo por la madre y ésta



mató en un momento al ratón, pero permitiendo á X que cogiera el cadáver entre sus dientes; el gatito, sin embargo, esperó á que su madre hubiese desollado á su víctima, hecho lo cual participó gustoso del festín.

En resumen, el Dr. Berry pudo comprobar que tres gatos de siete meses no tenían un instinto que les impulsara á matar y comerse á los ratones; cosas que aprendieron al ver que su madre las hacía, es decir, por imitación y aunque aquel sabio no quiere



El ejemplo de un perro, ¿enseña á un mono á hablar por teléfono?

generalizar y admite que puedan registrarse otras observaciones contrarias á la suya, bueno es consignar que sus experimentos están corroborados por lo que de otros animales relatan muchos viajeros.

He aquí otra serie de experimentos efectuados con los mismos gatos que habían sido utilizados en los anteriores. En una botella se pusieron varios pedazos de carne sobre una capa de papel que los mantenía á la altura necesaria. La madre M, después de cuatro minutos de esfuerzos, logró sacarlos; Y lo consiguió á los 10 minutos; en cambio Z y X fracasaron á pesar de haber empleado en ello 20 minutos el pri-

mero y 40 el segundo. X y Z se empeñaban en apoderarse de la carne introduciendo en la botella el hocico solo ó al mismo tiempo que las patas y arañando con éstas las paredes exteriores de aquélla. Al cabo de cinco días de infructuosas tentativas de X, Y fué encerrado con él en la caja que contenía la botella; X observó atentamente los movimientos de su hermano, que fácilmente sacó los pedazos de carne, y luego, habiendo quedado solo, probó nuevamente su antiguo método, y al ver que no conseguía su intento, adoptó el que había visto emplear á Y y en menos de dos minutos se apoderó de la presa codiciada.

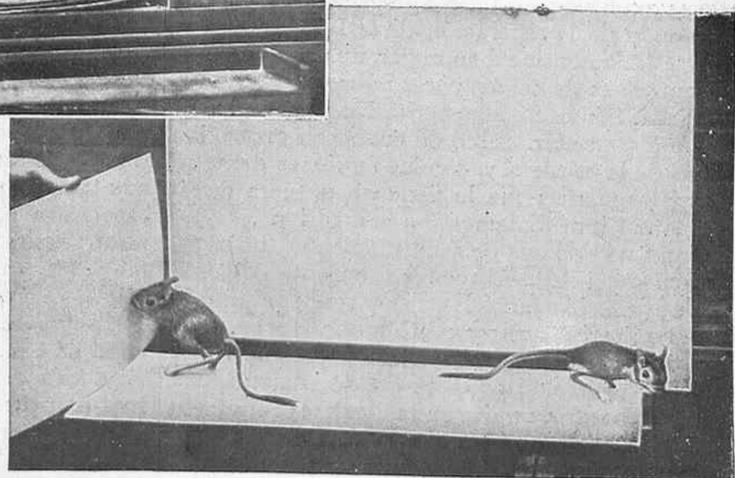
En una palabra, una larga serie de experimentos, de los que no hemos explicado sino los dos más sencillos, puesto que los demás exigen jaulas ó aparatos especiales, parece demostrar que los animales se educan por el doble procedimiento de la imitación instintiva (ó irreflexiva) y de la imitación voluntaria.

Otro colaborador del mismo laboratorio, mister Hagerty ha efectuado una serie de complicados experimentos con animales reputados por su espíritu de imitación, los monos. Introdujo dos *celus lunatus* en una jaula construída de tal manera, que la comida, colocada encima de una puertecita, no caía dentro si no se abría por medio de una cuerda, cuyo extremo terminaba en el interior de una chimenea y resultaba invisible. De manera que para apoderarse de la comida el animal tenía que encaramarse hasta mitad de la verja de la jaula, saltar desde allí á la chimenea, agarrarse con tres patas á la parte inferior de ésta, introducir en ella la otra pata y tirar del cordón. Uno de los monos, Jack, consiguió, al segundo día de encierro, dar con la cuerda y, tirando de ella, con la comida; pero luego olvidó el procedimiento y durante tres días más estuvo en la jaula haciendo toda clase de probaturas, sin acordarse de lo que anteriormente le diera tan buen resultado. Al fin acertó de nuevo con la solución é hizo funcionar el mecanismo diez veces en el espacio de veintisiete minutos.

Su compañero Jil no demostró las mismas aptitudes; encerrado solo y aguijoneado por el hambre, exploró minuciosamente la jaula sin descubrir el mecanismo. Después de varios días fué introducido en la jaula Jack, el cual hizo funcionar el mecanismo siete veces en diez minutos. El ejemplo, repetido durante diez y seis días, de nada sirvió á Jil, que, al quedarse solo, ni una vez pensó en hacer lo que había visto ejecutar á su compañero.

Después de esto, ¿quién afirmará que los monos son los animales más imitativos?

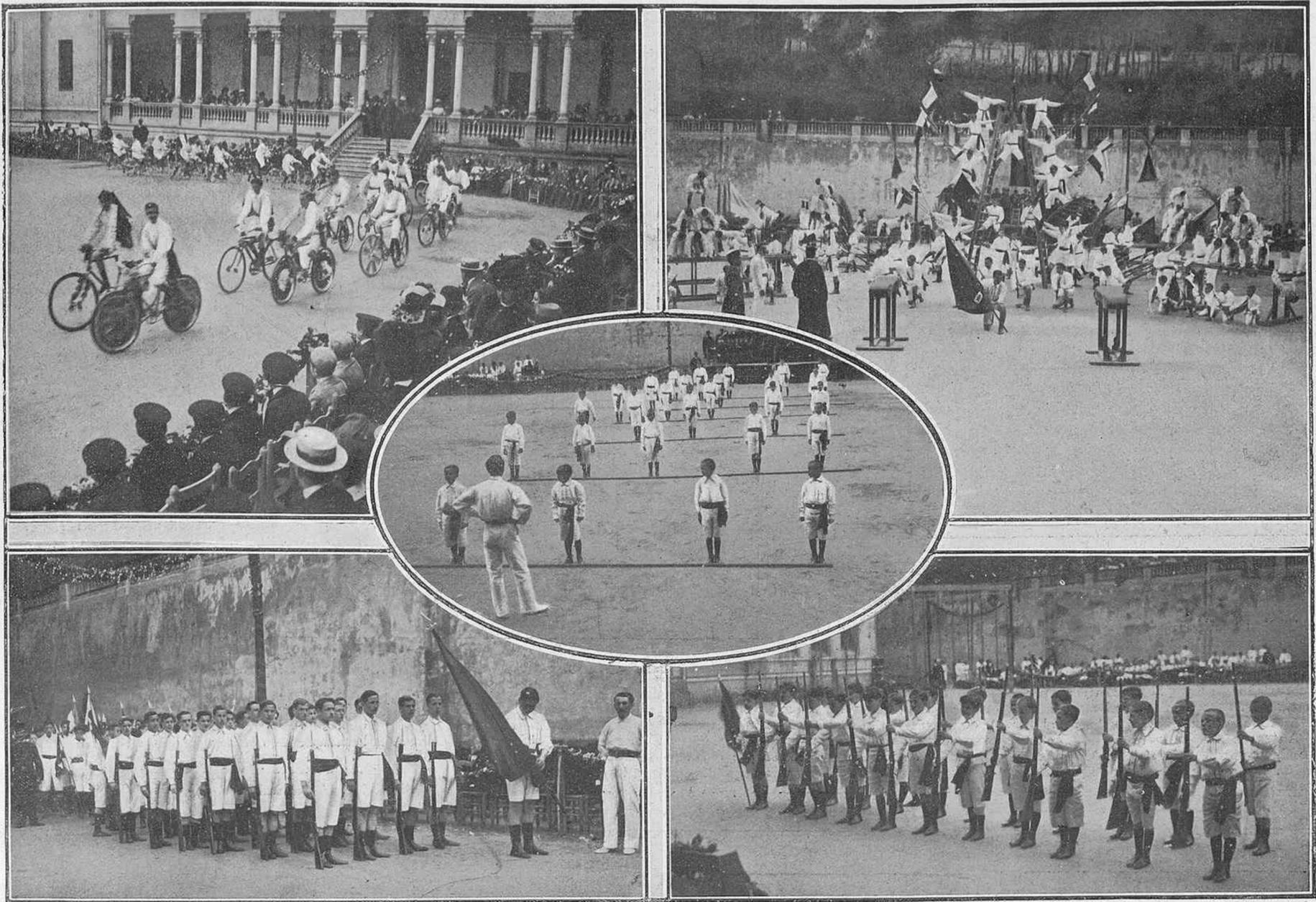
En la actualidad, los laboratorios norteamericanos hacen experimentos con animales menos inteligentes para ver si el espíritu de imitación puede manifestarse entre especies diferentes. Viendo cómo un ratón corre por un alambre, ¿llegará á ocurrírsele al pobre cerebro de una serpiente que puede arriesgarse por aquel camino vacilante para alcanzar una presa? Después de ver cómo



¿Puede enseñarse á bailar á unos gerbos?

un perro ladra delante de un teléfono y recibe en recompensa un pedazo de carne, ¿aprenderá un mono á hacer lo mismo? ¿Se conseguirá por procedimientos análogos enseñar á los gerbos á bailar?—V. F.

SARRIÁ (BARCELONA) — FESTIVAL DE EDUCACIÓN FÍSICA EN EL INTERNADO DE LAS ESCUELAS PÍAS



Desfile de la sección ciclista.—Cuadro plástico de conjunto.—Ejercicios de gimnasia rítmica.—La sección militar.—Ejercicios de fusil  
(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

En el grandioso patio central del Colegio de PP. Escolapios de Sarriá, tuvo lugar el domingo 22 de los corrientes una de esas fiestas, que dejan recuerdos indelebles por lo que significan, y por el agradable solaz que proporcionan a los que tienen la dicha de asistir a ellas.

Una fiesta de educación física en el Colegio de Escuelas Pías de Sarriá, que tanta fama tiene adquirida en todos conceptos, indica que en aquel centro docente nada se omite, para ponerlo a la altura de los mejores centros de educación mundial.

A pesar de la inclemencia del tiempo, que fué la única nota desagradable de tan hermosa fiesta, llenóse por completo de distinguidas familias el local destinado al público, invadiendo

éstos los patios y galerías de tan soberbio edificio. En la presidencia estaban el Excmo. Sr. Obispo, el P. Provincial de las Escuelas Pías y representaciones de todas las Autoridades de la capital.

Con gran precisión ejecutaron los alumnos las diferentes partes del variado programa, recibiendo continuados aplausos. Llamaron poderosamente la atención, lo mismo el desfile y presentación general, como los ejercicios de conjunto combinados, método sueco, rítmico, ejercicio militar español, equitación, carroussel, juego de la rosa, salto de obstáculos, bicicletas, triciclos, carreras de cintas, anillas, etc., etc.; y el artístico y bien presentado cuadro plástico de conjunto.

Los valiosos premios fueron ofrecidos por los Excmos. Señores Capitán General, Gobernador Civil, Obispo de la Diócesis, D. Pedro G. Maristany, D. Francisco Albó, Dr. Rodríguez Morini y los Sres. Lara, Bricall, etc. Las hermosas cintas fueron ofrecidas por aristocráticas damas barcelonesas.

En resumen, una fiesta agradabilísima, lamentando los concurrentes que no se repitan con frecuencia actos tan importantes como éste, por el que unimos de veras nuestra más cordial felicitación a la de toda la concurrencia, que la dió muy merecidamente al dignísimo P. Director del Colegio D. José Llauredó, y al alma organizadora de estas fiestas, P. Luis Folguera. — P.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse a los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS —  
— Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.—Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

**PATE EPILATOIRE DUSSE**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

ROMA.—INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DE LA ACADEMIA DE FRANCIA EN LA VILLA MÉDICIS



Llegada de los soberanos de Italia á Villa Médicis para inaugurar la exposición



Uno de los cuadros de la exposición. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

El día 15 de los corrientes efectuóse en la Villa Médicis, que, como es sabido, es la Academia en donde residen los artistas franceses pensionados en Roma, la inauguración de la exposición anual de los trabajos por éstos realizados. Asistieron al acto el rey y la reina de Italia, que fueron recibidos por el embajador de Francia Sr. Barrere y por el eminente pintor Carolus Durán, director de la Academia; asimismo concurrieron el personal de la embajada, los alumnos de la Villa Médicis, monseñor Duchesne, el director de la escuela de arqueología y sus discípulos.

Antes de abrirse la exposición, celebróse una sesión de música, en la que la señorita Bœsch, acompañada por el Sr. Mayellier, y la baronesa de Korff, acompañada por el señor Gailhard, cantaron, la primera dos melodías de Charbonnel y Desveaux, y la segunda dos poemas de Mauricio Magre, y el alumno de la Academia Sr. Le Boucher tocó en el piano una

pieza de su composición. Los tres artistas fueron muy felicitados por los soberanos de Italia, quienes, después de haber visitado detenidamente la exposición, felicitaron también á Carolus Durán y al embajador de Francia por la belleza de las obras expuestas, muchas de las cuales se distinguen por su originalidad.

El conjunto de la exhibición es brillantísimo y revela la benéfica influencia que en los artistas de la Villa Médicis han ejercido los clásicos italianos.

**ANEMIA + CLOROSIS**  
 APROBACIÓN de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS  
 Las Auténticas  
**PÍLDORAS DE BLANCARD**  
 de Paris (2 á 6 al día)  
**no se venden sueltas**  
 EXÍJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE  
**JARABE DE BLANCARD**  
 Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)  
 DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES  
**LEUCORREA + DEBILIDADES**

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Historia general del Arte**  
 Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos  
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.— Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.  
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
 Célebre Depurativo Vegetal cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpès, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

**VIDA DE LA VIRGEN MARÍA**  
 CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA  
 Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDÈS 1849 Paris

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra **ASMA**  
**CATARRO, OPRESIÓN** y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.  
 PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**HISTORIA UNIVERSAL**  
 ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN  
 Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.  
 Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

**ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el El más activo y económico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.